

SS

SERVICIO SECRETO

PETER DEBRY

EN BUSCA DE UNA CABEZA

—Era una cabeza, ¡sí, señor! —exclamó con énfasis melodramático el jefe de la Central Intelligence Agency—. No tengo inconveniente en reconocer que nuestros maestros en la tenebrosa ciencia de la información en el extranjero, han sido los británicos. Y, créame, Roy, cuando le afirmo bajo mi palabra, que Edgar Trevor era un cerebro magníficamente constituido.

—Mi cerebro no es de mucha clase, señor, pero por lo que dice, deduzco que Edgar Trevor murió, ya que habla de él en tiempo pasado.

—Desapareció… Pero si tuviera afición a las apuestas, daría todo lo que tengo contra un centavo, a que Edgar Trevor no sólo murió, sino que debió sufrir una agonía terrorífica.

El jefe de la «C. I. A.» pareció arrepentirse de lo que acababa de decir, mirando agudamente a Roy Kennedy, sentado ante él, en el despacho del piso treinta y dos del rascacielos de la Lafayette Avenue, de la ciudad de Washington.



Peter Debry

En busca de una cabeza

Bolsilibros: Servicio Secreto - 18

ePub r1.0
jala y xico_weno 02.07.17

Título original: *En busca de una cabeza*
Peter Debry, 1950

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





PETER DEBRY

EN BUSCA DE UNA CABEZA

1ª. EDICIÓN
DICBRE. - 1950

EDITORIAL BRUGUERA

Proyecto, 2-T. 284453
BARCELONA (6)

En busca de una CABEZA



por PETER DEBRY

CAPÍTULO PRIMERO

—Era una cabeza, ¡sí, señor! —exclamó con énfasis melodramático el jefe de la Central Intelligence Agency—. No tengo inconveniente en reconocer que nuestros maestros en la tenebrosa ciencia de la información en el extranjero, han sido los británicos. Y, créame, Roy, cuando le afirmo bajo mi palabra, que Edgar Trevor era un cerebro magníficamente constituido.

—Mi cerebro no es de mucha clase, señor, pero por lo que dice, deduzco que Edgar Trevor murió, ya que habla de él en tiempo pasado.

—Desapareció… Pero si tuviera afición a las apuestas, daría todo lo que tengo contra un centavo, a que Edgar Trevor no sólo murió, sino que debió sufrir una agonía terrorífica.

El jefe de la
«C. I. A.
» pareció arrepentirse de lo que acababa de decir, mirando agudamente a Roy Kennedy, sentado ante él, en el despacho del piso treinta y dos del rascacielos de la Lafayette Avenue, de la ciudad de Washington.

Era un edificio totalmente destinado a oficinas de todas clases. Un hervidero humano deambulaba constantemente por pasillos, ascensores y vestíbulos, saliendo y entrando de los numerosos despachos, tiendas, peluquerías, restaurantes y toda clase de aposentos destinados a las múltiples actividades comerciales.

Un lugar ideal para la filial del
«F. B. I.
», bajo cuya sigla
«C. I. A.
» se reunían todos los agentes federales seleccionados para misiones

en el extranjero o en los Estados, que tuvieran relación con asuntos de contraespionaje.

Aquella primavera de 1947 era deliciosa y suave. El agente de la «C. I. A.
», Roy Kennedy, recién regresado de una peligrosa excursión por tierras de Alaska, sólo había disfrutado dos días de vacaciones.

Al tercer día, cuando en la habitación de su hotel, descolgaba el teléfono, esperando que sería una voz femenina la que le hablase, resonó en sus oídos la ronca voz del jefe de la
«C. I. A.
», citándole inmediatamente.

Roy Kennedy, moreno, enjuto, aparentemente delgado pero de fibrosa constitución muscular, era joven en edad, pues sólo tenía veintiséis años aunque llevaba desde los dieciocho al servicio federal, primero como simple oficinista, debutando activamente en la represión del pistolerismo a los veintiuno, en cuya arriesgada labor permaneció tres años, hasta que por la
«C. I. A.
» fue seleccionado.

Apenas estrechó la mano de su jefe, éste, después de reiterarle elogios por su reciente misión cumplida satisfactoriamente, había hablado de un tal Edgar Trevor, agente británico del «Intelligence Service», haciéndolo en términos de maravillada admiración.

—Sería ofenderle, Roy, si eludiera el hablar del trágico fin de Edgar Trevor, por la sola razón de que usted va a ir donde fue Edgar Trevor, para intentar lograr lo que él no pudo conseguir.

—Usted ha reconocido que nuestros maestros han sido los británicos. Hora es, pues, de que les demostremos que somos discípulos aprovechados. Tal vez seamos menos flemáticos que ellos, pero en cuanto a dinamismo y actividad no creo que nadie nos tenga que dar lecciones.

—Exacto. Muy bien hablado, Roy. Le haré un breve resumen de lo que deseaba conseguir Edgar Trevor para su patria, y que… es lo que ahora deseamos consiga usted para nosotros. Se ha propagado hasta la saturación la importancia vital y estratégica de la India, que antes era británica. Nuestra patria es joven en política exterior, pero ha ido asimilando duros golpes. Hoy, gracias a nuestro Departamento, que es quien ha puesto las bases, sostenemos

relaciones comerciales con muchos estados, en apariencia poco importantes. Nuestros cheques y nuestra maquinaria, al igual que nuestros productos, van actuando como los mejores embajadores privados. Surgen pocas dificultades… pero si hay algo endiabladamente difícil, es sembrar la primera semilla en el diminuto estado de Jongka.

Roy Kennedy maquinalmente dirigió los ojos hacia la mesa lateral. Una mesa, de ingenioso mecanismo, con cristales deslizables. Unos cristales pintados que representaban fracciones del Universo.

Levantóse el jefe de la
«C. I. A.
» y acercándose a la larga mesa, presionó unos botones. Por fin, después de oírse el chirrido de los vidrios al deslizarse, unas luces interiores iluminaron por debajo un rectángulo.

Era la representación geográfica del norte de la India, destacándose el estado de Nepal, y más al norte la vasta comarca, en cuyo centro cinco letras rojas decían: «Tibet».

Apuntó el jefe con el índice hacia un pequeño cuadrado:

—Jongka. Como ve, su situación es especial. Se halla junto a la frontera norte de Nepal, casi en su centro, y limitando por los otros tres lados con el Tibet. Allí es donde fue Edgar Trevor para nunca más regresar. Partió hace un año, y hace ya dos meses que el «Intelligence Office» no tiene la menor noticia suya, cosa claramente demostrativa de su muerte. Mantenía comunicación periódica con los suyos, y la comunicación cesó hace dos meses.

—Cabe la posibilidad de que esté preso, señor.

El jefe de la
«C. I. A.
» miró con cierta lástima a Roy Kennedy.

—Por «allá» no hacen prisioneros, Roy. Siga mi dedo, haga el favor. Vamos a viajar siguiendo la ruta que deberá usted seguir.

Colocó el índice encima de, un punto junto a un trazo azul:

—Éste es el Ganges y ésta la ciudad de Patna. Remontando el Ganges se interna el viajero en el Nepal, camino obligado para llegar a Jongka. Puede también ir en tren hasta el valle del Katmandu… pero no se lo recomiendo. Bien, demos por supuesto que ha llegado al valle de Katmandu, que es la capital del Nepal.

Entonces se verá frente a la barrera de montañas cuyas alturas oscilan entre, los seis mil y ocho mil metros. No, no me diga que con avión atravesaría usted cómodamente…

—No lo iba a decir, señor, por cuanto si usted no me ofrece este medio rápido de viajar es porque no debe convenir.

—Exacto. No conviene por dos razones: primero porque existe un tratado que impide el vuelo sobre el Nepal sin un permiso muy difícil de conseguir. Y, segundo, porque un avión tiene que aterrizar y al descender de él sus ocupantes serían inmediatamente, sometidos a estrecha vigilancia. Usted llegará en avión hasta Benarés, y remontar el Ganges, penetrar en el Nepal y atravesar la cadena, montañosa para poder internarse en Jongka, todo… queda a su libre talento.

—Gracias —sonrió Roy Kennedy.

—Ya sé que es un viaje arduo, y más ahora que en la India no reina mucho orden. Afortunadamente no tiene usted aspecto de sajón. Su tez es bronceada. Bueno, es asunto suyo elegir el medio de llegar a Jongka. Comprendo todas las dificultades, pero usted las vencerá, como las venció Edgar Trevor, puesto que su último comunicado dando su situación la transmitió con una radio portátil desde el mismo centro del estado de Jongka. Podría darle una idea del gobierno y costumbres de Jongka, pero usted personalmente se hará una mejor idea visual…

—Me gusta, señor. Es más agradable que trabajar en los Estados, sí, señor. No se sonría. La civilización fatiga mucho. Hay que beber en los clubs nocturnos, persiguiendo una pista, después encerrarse en coches, marearse de gasolina y olor a pólvora. Allá, tierras casi vírgenes de planta civilizada, alturas nevadas, gente salvaje pero noble…

—Ya, ya… Ahora le hablaré de la gente «noble» con la que va usted a alternar. Los hindús fanáticos, que ven en los blancos espías. Los del Nepal, muy celosos de su independencia, que siguen aplicando como castigos torturas refinadas, y los de Jongka, que por lo que tengo leído en los informes de Edgar Trevor, que me permitieron ojear mis colegas británicos, son salvajes puros.

—Esto me gusta —repitió tercamente Roy Kennedy.

Rió su superior:

—Siempre dije que en cuestión de gustos nada hay escrito. Y

conocedor de su temple y carácter, le he elegido. Pasemos ahora a la misión que llevaba Edgar Trevor. En Jongka hay continuas conspiraciones. Los marajás reinantes en Jongka, si quieren durar, necesitan dormir con un solo párpado pegado, Edgar Trevor era considerado como un moderno Lawrence, el famoso británico que logró ser el verdadero rey de Arabia. Conocía los dialectos hindúes. Esperaban qué lograría obtener influencia sobre los magnates del gobierno del marajá de Jongka. Si lo hubiese logrado, entonces Inglaterra hubiese tenido allá un asesor consejero del marajá, y… vea de nuevo el mapa: Terreno llano. Un valle entre montañas. ¿Se da cuenta?

—Sí, señor. Una excelente disposición para campos de aterrizaje.

—¡Exacto! Claro que, al principio, el marajá hubiera sido aconsejado por Edgar Trevor en el sentido de adquirir conservas, gramófonos, muebles, licores y hasta ventiladores. ¿Comprende? Después… poco a poco la influencia comercial iría allanando todos los obstáculos. Le adivino en los ojos que quiere soltarme un chiste. Hágalo, muchacho, que contenerse es poco saludable.

—Estaba pensando si le tendré que ofrecer al marajá un cajón de «Coca-Cola
».

—¿Y por qué no? Es una bebida muy agradable… según dicen los anuncios. Yo prefiero la cerveza. No piense en lo que ha de ofrecerle, sino en cómo llegará allá. Si lo logra, ya se le indicará cómo debe iniciar las negociaciones.

—Entonces soy algo así como un viajante de comercio, ¿no?

—De sobras sabe que no, Roy. Ninguna casa tiene viajantes suicidas. Hasta ahora a Jongka, como al Tibet sólo ha llegado de tarde en tarde alguna, que otra expedición de científicos neurasténicos y poco satisfechos de la vida.

—O también pudieron ser hombres hartos de la civilización.

—Todo es posible. Yo discrepo de usted, Roy, y prefiero beber en los clubs nocturnos y emborracharme de gasolina y pólvora por las asfaltadas calles. Bien, volvamos a Jongka. Llevará usted una radio portátil… Si se la encuentran, dispare y eche a correr… porque si le cogen lo empalan. ¿Conoce este método? ¿Se lo describo?

—No hace falta, señor. Procuraré siempre que los bastones

afilados estén lejos de mi anatomía, por la cual tenga un cariñoso afecto desde mi más tierna edad.

—Entonces… creo que todo está claro. Irá en avión hasta Benarés. Y el día en que nos avise diciendo que se halla en Jongka juro, muchacho, que tendré mucho orgullo en hacérselo saber a los británicos.

—¿Hay algún Edgar Trevor suplente?

—No. El «Intelligence» ha desistido por el momento. Nuestro departamento ha aceptado encargarse de esto.

—¿Yo solo?

—Sí. Ahora bien, si llega a Jongka, entonces… sería posible que le enviáramos cuantos agentes pidiera.

—¿Abro la marcha, no? Me enorgullece mucho, señor.

—Es un reconocimiento de sus excepcionales condiciones, Roy. Bien… esto… como no toma el avión hasta la madrugada… el departamento ha querido sufragar todos los gastos que a partir de ahora… se le ocurran… Cheque en blanco… hasta diez mil dólares, Roy. ¡Magnífico!, ¿se da cuenta?

—Enorme. En dieciséis horas gastar diez mil dólares es algo difícil, y superior a mis fuerzas.

Carraspeó el jefe de la
«C. I. A.
».

—Es que también puede entregar esta cantidad a cualquier familiar, ¿no cree?

Roy Kennedy rió suavemente:

—Me doy perfecta cuenta, señor. Deme un cheque por mil, y los restantes nueve mil guárdemelos para cuando regrese.

—¡Exacto, exacto! Así me gusta, muchacho. Es lo que le dije al general… Le dije: «Si hay un americano que puede invitar a chiclé al marajá de Jongka, este americano es Roy Kennedy».

—Gracias, señor, pero ya sabe que detesto el ciclé, porque nos da aspecto de vacas rumiando.

—Se me olvidaba… Le hablé de los hindús fanáticos, los de Nepal crueles y los de Jongka en estado de salvajismo puro… Le hablé de las montañas difíciles de atravesar. Pero dejé lo más espinoso en olvido.

—¿Fieras, serpientes, avalanchas de nieve?

—Los chinos.

—¿Cuáles?

—Los que están tan interesados como nosotros en obtener influencia en Jongka. Seguramente Edgar Trevor tropezó con ellos… Compréndalo. Los chinos tienen también agentes y de categoría, con doble misión: la misma que usted lleva, y la de impedir que ningún agente blanco llegue a Jongka Aquí tiene su cheque de mil. Un abrazo, Roy… Bueno… mucha suerte. Tenemos que darles la prueba a los británicos de que valemos tanto o más que ellos.

—Procuraré mejorar el récord de Edgar Trevor, señor.

Roy Kennedy se despidió de la civilización. Trató de dormir en el cine, bostezó en el teatro, cogió dolor de cabeza en el *cabaret*, ensordecido por las estridencias de la orquesta, invitó a cenar a una hermosa corista, y a las cuatro de la madrugada se encontró por primera vez a gusto, sentado en un banco del parque, solo y aspirando el fresco aroma de flores y de la madrugada próxima.

A las seis dormía profundamente en el avión que debía dejarle en la ciudad santa de Benarés. Bajo la almohada tenía una mochila que iba a ser su único equipaje hasta que pudiera trocarla por una prenda menos «civilizada» que le sirviera para poder transportar la pequeña y potente emisora, su último lazo con contacto con el progreso…

Soñó con Edgar. Trevor…, y despierto volvió a repetirse que el mejoraría el «récord» de Edgar Trevor.

CAPÍTULO II

-Hay un Registro de extranjeros en el que estaba usted, obligado a inscribirse —amonestó severamente el individuo cetrino, todo vestido de blanco, abanicándose con su *salakof*.

Roy Kennedy acababa de ser interpelado así por el recién llegado en el vestíbulo del caserón que pomposamente se calificaba de «Posada Real de las Armas».

Había sido antaño hotel para sargentos coloniales. Ahora vegetaba, dando albergue en Benarés a los escasos turistas blancos.

—He llegado ayer al mediodía y estaba muy cansado.

El policía hindú consultó unos papeles que llevaba metidos en una libreta.

—Procede usted de Washington. Está reseñado como Roy Kennedy, de profesión naturalista. Supongo que llevará credenciales de algún instituto científico.

Roy Kennedy echó mano de la documentación preparada en la
«C. I. A.
». En la profesión de naturalista entraban quehaceres tan ridículos al parecer como cazar mariposas, pájaros y pescar pacientemente peces absurdos.

—En orden —tuvo que admitir el policía—. Es su obligación cuando emprenda la partida hacer constar hacia dónde se dirige. Ahora debe ir al consulado americano, a inscribirse.

—¿Para qué?

—Así su consulado se hará responsable de sus actos. Muy buenos días.

Roy Kennedy era hombre de acción, pero nunca como ahora caía en la cuenta de que le era obligatorio reflexionar cada paso que se dispusiera a hacer.

Había comido lo suficiente para que con el calor reinante se sintiera invadido por una molesta somnolencia que no podría combatir con una ducha, puesto que estaba iniciando la digestión.

Subió a su cuarto, maldiciendo la extravagante idea de construir los pavimentos en madera en vez de sólidas y frescas losetas.

Aquello daba aún más pegajoso calor. Empezó a pasear de arriba abajo por la habitación, reflexionando.

Las instrucciones complementarías que por escrito le había entregado su superior eran claras y concretas. Se las sabía de memoria antes de que las convirtiera en cenizas.

América no podía enviar abiertamente una misión oficial a Jongka, bajo ningún pretexto; so pena de levantar recelos en otras potencias, que se apresurarían a entablar querella diplomática.

Jongka era considerado un reino totalmente independiente, cuyo marajá había hecho saber constantemente al gobierno de Nueva Delhi que cualquier ingerencia extranjera en sus dominios, bastaría para levantar en armas a sus guerreros y desencadenar la lucha de sectas en la frontera de las Colinas.

Era por lo tanto esencial que si «el agente» lograba introducirse en Jongka y «conseguía» influencia, siempre pareciera actuar por ambición personal.

Se recomendaba «al agente», estudiar las facciones rebeldes, siempre existentes en aquel Estado. Era posible, «con buen sentido», ganarse la voluntad de algún partido conspirador que, derrocando al actual marajá y reinando, proporcionaría, el triunfo a la meta anhelada.

Paseando de arriba a abajo del cuarto, Roy Kennedy meditaba que si no iba al consulado empezaba mal. Pero por otro lado el ir supondría, tal vez verse sometido a un interrogatorio por algún verdadero naturalista científico.

Y él estaba empezando el estudio de flores, pájaros y peces de las Colinas, que así llamaban los naturales a la gran barrera, del Himalaya. Estudiaba en un número extraordinario de la famosa revista «National Geographic Magazine», que antes ya había sido siempre su predilecta lectura, por cuanto permitía viajar sentado y sin moverse.

Llamaron a la puerta, sacándole de sus meditaciones. Asomó la faz el posadero, un inglés, que mientras tuviera con qué vivir, tanto

le daba regentar una posada en Benarés como un abrevadero en África del Sur. Parecía algo asustado.

—Perdone, pero… el huésped de abajo, el señor Harrison, dice que no puede dormir.

—¿Dormir a las tres de la tarde? Bien, ¿y qué tiene que ver conmigo el que su huésped Harrison, no pueda dormir?

—Dice el señor Harrison que si usted derribara algo sería preferible, pero que estos paseos continuos le ponen de mal humor.

Roy Kennedy no se distinguía por un suave carácter pacífico.

—Puede usted comunicarle a su quejoso dormilón que yo me paseo para digerir, y que si no le gusta que vaya a dormir a otro lado.

—Me permito sugerirle que el señor Harrison tiene muy mal genio y que…

—¡Lárguese! Y sepa que el desconocido Harrison y yo nos parecemos en este punto común: tenemos mal genio.

El posadero puso cara de resignación y desapareció, cerrando suavemente la puerta. Reanudó Kennedy sus paseos.

¡Estaría bueno que algún mercader obeso, como sería seguramente, el tal Harrison, le impidiera a él pasear por su propia, habitación!

En el cuarto debajo del ocupado por Kennedy, un individuo corpulento, de rojos cabellos, recios músculos y rostro arrugado de fieros ojos verdes se revolvía en la cama cubierta con mosquitero.

Sólo vestía, un corto pantalón de piel, y el sudor resbalaba por su anatomía atlética.

—¡Entre! —gritó impaciente.

El posadero puso gesto contrito, anunciando:

—El señor Kennedy dice que tiene que digerir, y se ha extrañado que a las tres se duerma.

—¿Un novato, no? Ignora que la siesta es aquí necesaria. ¿Qué es este tipo? ¿Un viajante de comercio?

—Un naturalista.

—Aquí no estamos en la selva. Dígaselo así, o tendré que ir yo mismo a sacudirle.

—El señor Kennedy me ha dicho que él tiene muy mal genio. Pero, por favor, señor Harrison…

Brian Harrison saltó de la cama como un leopardo hambriento.

Pisando sobre los desnudos pies subió a largas zancadas las escaleras, hasta que golpeo con el puño la puerta de la habitación ocupada por el naturalista Roy Kennedy.

Roy Kennedy era joven pero tenía madurez en acertar con bastante certeza el carácter de una persona, al verla en algún estado anímico pasional.

No se guió en su juicio, por el fácil concepto de: «Cabellos rojos, genio camorrista», sino que mirando al hombre semidesnudo que acababa de aparecer en la habitación, se fijó en el ceño, en los ojos y en la crispación de la boca.

—Supongo que es usted el naturalista.

—Supone bien.

—Yo soy Brian Harrison, y quiero poder dormir.

—Yo soy Roy Kennedy, y quiero digerir.

Brian Harrison avanzó otro paso más. Pareció valorar la resistencia, física del joven que le miraba como si él fuese un pajarillo de dudosa clasificación.

—Usted es americano, y yo también. Soy de Oregón, y no me gustan los mal educados.

—Entonces tendrá usted poca simpatía.

—Esta maldita tierra húmeda y pegajosa pone nervioso a cualquiera, pero sólo me faltaba usted. Oiga, tengamos la fiesta en paz. Hay por ahí muchos templos y curiosidades. Vaya a digerir paseando por las calles, ¿se entera?

—De lo que usted necesita enterarse es que a las tres de la tarde si me da la gana pasearme por mi habitación, lo hago y asunto, terminado. ¡Lárguese!

—¿Eh? ¿Es conmigo con quien habla?

Y el gesto de Brian Harrison era de estupefacto matón.

—Con usted, y para que le conste que por más que sea de Oregón, no es quién para decirme lo que tengo que hacer.

—Oiga, joven… Póngase en guardia, porque le voy a sacudir.

—¡Esto ya es hablar como a mí me place! —exclamó satisfecho Roy Kennedy, abriendo las piernas, y colocándose, los puños a altura del pecho.

Brian Harrison bajó la cabeza, disponiéndose a acometer.

Por la puerta abierta se coló precipitadamente el posadero, anunciando fatigosamente, después de haber subido corriendo, las

escaleras:

—¡Vienen a buscarle, señor Harrison!

—No estoy ahora para nadie. Tengo que achatarle las narices a este joven gallo.

—Es el señor Craven.

—¡Al diablo con Craven!

—Es que… dice que han apresado, a la señorita Clara Trevor.

Brian Harrison pareció recibir un puñetazo inesperado. Giró sobre sus tacones desnudos, y al atravesar la puerta volvió la cabeza.

—¡Ya nos volveremos a ver! No perderá nada por esperar.

—No me haga languidecer en la espera, «Oregón» —replicó burlonamente Roy Kennedy.

Oyó los pasos del posadero trotar tras la zancada húmeda de Brian Harrison. Se había perdido una pelea, cosa que lamentaba porque odiaba a los matones del tipo de Harrison, y…

Se quedó rígido. En su subconsciente ahora aparecían las palabras del posadero a las que no había prestado atención.

«… han apresado a la señorita Clara Trevor».

¡Trevor! Bueno, podía tratarse de una coincidencia de apellidos. No era un apellido muy difícil de repetirse.

Pero cogiendo su sombrero de *jipijapa* se precipitó escaleras abajo. Llegó al vestíbulo con el tiempo justo de ver subir a un desvencijado coche a Brian Harrison, que se había limitado a echarse una camisa de hilo por encima, dejando fuera los faldones, y calzar unas sandalias.

Al volante iba un sujeto de anchas espaldas y cara de ave de presa. Sería el llamado Craven.

El coche arrancó con ruido de molinillo descompuesto. Roy Kennedy se apoyó en el umbral, tendiendo un cigarrillo al posadero.

—¿Pocos clientes, verdad?

—Benarés ya no es lo que era. El turismo ha disminuido enormemente. Ya sólo pasan viajantes de comercio, científicos…

—¿Lo es el señor Harrison y su compañero Craven?

—Son cazadores de fieras vivas. Tienen un contrato con el parque de Yellowstone. Llevan ya dos meses aquí, en espera del permiso de las autoridades para que les dejen atravesar el Nepal.

—¡Ah!… ¿Van al Tibet?

—No. Creo que se proponen recorrer las Colinas, que abundan en animales interesantes.

«Animales interesantes. Ya lo creó que lo son estos dos» —pensó Roy Kennedy.

Y llegó al, punto que más le interesaba:

—Oí decirle que habían apresado a la señorita Trevor.

—¿La conoce usted?

—No.

—Es una dama maravillosa. Una dama inglesa legítima. Yo no soy un inglés fanático, tal vez porque tenga hartura de los fanatismos de esta tierra. Sé muy bien que por cada cien inglesas hay noventa y ocho feas físicamente, pero las dos restantes, son más bonitas que cualquier Venus. Así es Clara Trevor. Ríase de las protagonistas de novelas, que parece tienen que ser siempre bellezas.

—Tenga presente que las novelas son relatos de cosas ocurridas a gente excepcional. En ellas, la belleza, en ellos, la aventura. Pero si dice que es una dama, ¿por qué la han apresado?

—Será seguramente en el consulado.

—¿El consulado?

—También Clara Trevor lleva meses esperando le den permiso para cruzar el Nepal. Y al parecer la querían repatriar a Inglaterra. Los señores Harrison y Graven iban ahora al consulado inglés, que está en el mismo edificio que el americano.

—Ahora me recuerda que tengo que ir a inscribirme.

Roy Kennedy se internó por las calles de la pintoresca ciudad santa, donde el Ganges estaba flanqueado por gigantescas escaleras fangosas, en las que pululaban los peregrinos que venían a sumergirse en el baño purificador.

No estaba para fijarse en detalles pintorescos, como lo eran el ver transitar junto a un «Packard» último modelo, una carreta de bueyes cansinos, y un tieso comerciante inglés que no abandonaba su cuello almidonado, junto a un paria casi desnudo.

Lo que sí había observado en su breve estancia era que las hindúes tenían un encanto extraño. Estrechas de espalda, largas de busto, ampulosas de caderas, el *sari*, la túnica, les daba una majestad femenina, así como los negrísimos cabellos aceitosos.

Y aquellas pupilas negras, anchurosas, aterciopeladas… No era

un enamoradizo, pero le gustaban las mujeres en general, y ninguna de ellas en particular.

Clara Trevor… y los dos aventureros, que a todas luces se veía lo eran. Un trio interesante…

Si era ella una dama, y tenía relación con Edgar Trevor, ¿qué hacía en compañía de Harrison, el matón?

Estaba ante el edificio donde ondeaban las dos banderas del Tío Sam y John Bull.

Pero en la puerta de entrada ya no daban guardia, los arrogantes y burdos *sikh* de las montañas.

Penetró en el amplio vestíbulo, y un individuo vestido de blanco, que parecía ser el color uniforme de los naturales, apareció surgiendo desde detrás de una gran mesa cubierta de papeles.

—Buenas tardes. ¿Qué desea?

—Inscribirme, pero antes quisiera visitar al cónsul inglés.

—No está. Aunque puede recibirle el agregado. Segunda escalera, a mano izquierda.

Después de la segunda escalera, a mano izquierda, otro individuo muy parecido al que le había recibido.

Surgió también levantándose desde atrás de la otra mesa.

—Agregado consular —dijo lacónicamente Kennedy.

El escribiente le señaló una puerta abierta. Entró Kennedy… y se abanicó con el *jipijapa*.

Los fieros ojos de Brian Harrison le taladraron, cuando se detuvo en su paseo que semejaba al de un leopardo enjaulado. Craven, sentado al extremo de la sala, miró con mueca avinagrada al recién llegado.

Roy Kennedy señaló con el *jipijapa* al suelo:

—Abajo puede haber un caballero durmiendo la siesta, «Oregón».

Brian Harrison limitóse a soltar un bufido, reanudando su paseo Lewis Craven debía estar en antecedentes, porque comentó:

—Éste es el naturalista que te buscó camorra, ¿verdad, Brian?

—Ya me entenderé con él después. Oiga, si es usted americano, ¿qué hace aquí en el consulado británico?

—¿Y usted?

Brian Harrison miró a Lewis Craven, como si le tornara por testigo, de la insolencia de aquel «joven imberbe». Lewis Craven le

produjo a Roy Kennedy una impresión aún más desagradable que Harrison.

De la habitación sobre cuya puerta había un letrero, que decía: «Agregado Consular», salió un joven atildado, que miró a Harrison y Craven, fijándose por último en Kennedy.

—¿Desea…? —le preguntó.

—Soy Roy Kennedy, y desearía hablar con usted, señor.

El agregado consular entornó los párpados, como si tratara de hacer memoria. Dijo por fin:

—¿Vino usted con el avión americano, ayer, señor Kennedy?

—En efecto.

—Hágame el favor de pasar —dijo obsequiosamente el agregado, abriendo la puerta, y casi saludando.

Entró Roy Kennedy, y parpadeó complacido. Era un regalo para la vista, la femenina gracia que se sentaba en aquel lujoso despacho.

Alta, flexible, sin delgadeces, y esbelta, Clara Trevor tenía la lechosa tez, riqueza exclusiva de la mujer inglesa bonita como lo era ella, sin la menor falla en su armónica constitución.

Eran aristocráticas las blancas manos alargadas, el cuello erguido, la postura. Sus cabellos tenían reflejos cobrizos en su sedosidad rubia. Los labios eran golosos y sensuales refinadamente.

Pero lo que primero llamaba la atención en aquel dechado de encantos, eran los peculiares ojos de un gris verdoso, cuya mirada tenía altivez.

—Excúseme, señorita Trevor —dijo el agregado—, pero mientras llega el señor cónsul, me permitiré atender al señor Kennedy. Siéntese, señor Kennedy. Tenemos una notificación concerniente a usted.

¿Sabía el jefe de la
«C. I. A.
», que Clara Trevor se hallaba en Benarés, y por esto le señaló como punto obligatorio de llegada a la India aquella ciudad?

Porque ahora, por corazonada, tenía Roy Kennedy la convicción de que aquella altiva beldad tenía relación con Edgar Trevor.

De un archivo extrajo el agregado una carpeta, que consultó, mientras Clara Trevor miraba con gesto de aburrimiento por la ventana alejada, que transparentaba las cúpulas de los templos.

Roy Kennedy, forzó sus ojos para apartarse de la deleitosa

excursión por todo el conjunto estuario de la inglesa.

—Bien, señor Kennedy. Tenemos informes de que es usted un reputado naturalista, y no dudo de que obtendremos de las autoridades, el permiso legal para usted y su personal, que le permita atravesar la frontera. Se aloja en la «Posada de las Armas». Le remitiré lo antes posible su permiso. ¿De cuántos elementos se compone su expedición?

—No he empezado aún, pero se lo comunicaré inmediatamente.

Una voz de contralto, con tonalidades graves, se elevó… y Clara Trevor dijo con arrogancia:

—No es de mi gusto inmiscuirme en ajenas conversaciones, pero ya que estoy presente y me ha sido forzoso escuchar, presento una protesta contra su falta de tacto.

El agregado se sonrojó, mientras ella proseguía como una reina ofendida:

—Yo, súbdita británica, he permanecido tres meses en Benarés, esperando en vano el permiso de atravesar la frontera de las Montañas. Hoy, más que invitarme, me fuerzan a venir aquí, para comunicarme indudablemente que debo regresar a Londres… y, en cambio, este caballero, un recién llegado, obtiene inmediatamente lo que a mí se me niega, siendo como soy hermana del valeroso patriota que dio su vida tratando de obtener para Inglaterra un espacio más de tierra.

Hablaba con pomposidad y orgullo.

—El señor Kennedy es un naturalista norteamericano, y sus actividades no pueden causar molestias a nuestro gobierno, señorita —dijo con cierta acritud el agregado.

—No tiene por qué el señor Kennedy penetrar en mis asuntos —rebatió ella, con lógica muy femenina.

Roy Kennedy intervino:

—Yo no quiero penetrar en nada, señorita, pero cortésmente haré constar que fue usted quien penetró en los míos.

Ella alzó la redonda barbilla satinada, como si acabaran de darle un alfilerazo. Iba a hablar, pero se contuvo, haciendo un gesto elocuente, que significaba que aún los científicos americanos carecían de la más elemental galantería.

Se levantó Kennedy. Ya tenía lo que deseaba, y supo más de lo que hubiera pensado. Por lo oído, Clara Trevor quería también

atravesar el Nepal: ¿Con qué fin?

—Gracias. Buenas tardes —saludó.

En la antesala, Harrison y Craven miraron con distinta expresión al que salía acompañado por el agregado.

Pero la llegada del cónsul les hizo abandonar su pensamiento común, acerca de la importancia de Roy Kennedy.

Clara Trevor se puso en pie al entrar el cónsul.

Y atacó de frente, mientras entraban también Harrison y Graven.

—No me marcharé si no es a la fuerza, señor. Ya conozco sus argumentos. Una mujer no debe ir a Jongka, y sería disparatado pretender vengar a mi hermano. Dijo usted mismo que la muerte de Edgar Trevor es un misterio, y que buscar sus asesinos sería como intentar hallar una aguja en un pajar. Eso quiero, y muy penoso es reconocer que Inglaterra se ha vuelto muy apocada, desde que no puede una hermana vengar a su hermano, caído por la patria.

—Inglaterra, señorita Trevor, no puede consentir que una dama vaya a la muerte, y por esto yo que la represento aquí, me niego a darle el permiso.

—Estos caballeros —y ella, señaló a Harrison y a Craven, como debió la reina Isabel tender la mano hacia sus almirantes— son mi escolta. Ellos deben recorrer las Montañas, son expertos tiradores, y han luchado en Guadalcanal, en
Iwo-Jima
; y en todo el Pacífico. Me brindan su ayuda. No soy, pues, una mujer sola y caprichosa.

—Lo siento, señorita. Usted debe regresar a Londres.

Se irguió Clara Trevor.

—¿Es su última palabra?

—Así es.

—Bien. ¿Debo considerarme prisionera, o, por el contrario, tengo derecho a regresar a mi *bungalow*?

—Por favor… Yo me limito a decirle que pasado mañana en Calcuta podrá usted embarcar. Comprendemos su legítimo dolor, y rendimos homenaje a la memoria de *Sir* Edgar Trevor, pero…

—Adiós, caballero.

Salió ella, seguida por Harrison y Craven. En la calle, esperaba el cuatro plazas «Hillman» propiedad de la rica heredera del «*baronet*» póstumo Edgar Trevor.

—Suban conmigo —ordenó.

Brian Harrison y Lewis Craven, ex combatientes, respetaban muy pocas cosas ya en el mundo. Pero no podían impedir el sentirse dominados por Clara Trevor.

Sentada al volante condujo ella con maestría a través de las calles mal pavimentadas, hasta que pisó a fondo el acelerador por la cinta asfaltada que conducía al barrio residencial.

Eran muchos, los *bungalows*, construcciones que recordaban el estilo de *cottage* de la campiña inglesa. Ahora era fácil alquilar alguno de ellos, como el que había pertenecido a un coronel británico y que era ahora usufructo de Clara Trevor, desde su llegada a Benarés.

En la sala amplia y confortable que daba vista a las colinas por un lado y al Ganges por otro, cercada la casa por jardines. Clara Trevor acudió al mueble-bar.

Se preparó un combinado, mientras señalaba un frasco de *whisky* a los dos cazadores de fieras.

Bebió a lentos sorbos, y, por fin, dijo sencillamente:

—Señores… Como sea, hemos de secuestrar a Roy Kennedy.

CAPÍTULO III

Ninguno de los dos aventureros manifestó la menor sorpresa al oír lo que acababa de expresar Clara Trevor. Conocían demasiado el interés ferviente de ella por llegar a Jongka.

Brian Harrison se limitó a agitar levemente el contenido de su vaso, en tanto Lewis Graven replicaba:

—Hemos comentado Harrison y yo, algo parecido, pero con una variante. Yo escuche lo que decía el agregado. Kennedy obtendrá su permiso muy pronto.

—Y este permiso lo quiero yo. ¿Qué variante cabe? No me detendré ante ningún obstáculo. Estoy dispuesta a vengar a mi hermano y no puedo pararme en consideraciones de orden moral. Necesito el permiso que va a poseer Kennedy. ¡Es un escarnio que él, para martirizar peces y pájaros, tenga todas las facilidades, mientras yo, guiada por un fin noble, haya perdido ya tres meses en esta ciudad pútrida!

—Cogerle la documentación a Kennedy no ofrecería mucha dificultad —aseguró Craven—. Pero, debemos pensar en el futuro, señorita. En la frontera puede surgir algún contratiempo.

—No es una excursión de placer, señores, ésta a la que les he invitado, ya que seguíamos el mismo camino hasta el Himalaya. Yo soy buena tiradora, y no titubearé, si es preciso, en abrirme paso a tiros hasta conseguir mi propósito.

—La pólvora, señorita, ha sido el material que durante cinco años en la guerra hemos desperdiciado. Después, cazando fieras, aprendimos a escatimarla, y emplearla sólo en último recurso. Esto es lo que ahora pretendemos.

—Yo les he prometido cinco mil libras, si me dejan pisar tierra de Jongka. Y quedó convenido que yo dirigiría la expedición.

—Nos limitamos a ofrecerle un medio mejor de llegar a Jongka. El permiso que dará paso libre hasta Katmandu a Kennedy, especifica la misma libertad para todos los componentes.

Ella atajó a Harrison con un gesto de indignación:

—¿Pretende insinuar que vaya yo a suplicar al americano naturalista, que, por merced, nos consienta viajar con él?

—Pretendemos afirmar que, contando con él, allanaríamos muchas dificultades. Yo comprendo muy bien que *Lady* Trevor no puede rebajarse a pedir plaza en la caravana de Kennedy, pero estábamos de acuerdo en que adoptara usted velo y *sari*, porque así llamaría demasiado la atención. Craven y yo hablaremos con Kennedy. Usted no habrá de pedir ningún favor, Craven y yo sabemos manejar a tipos como Kennedy, ya que no en vano fuimos, respectivamente, cabo y sargento, y tuvimos, que domeñar a bisoños bravos. Déjenos intentarlo, y si fracasamos, entonces, usted manda, y si es preciso, hasta quitaremos de en medio a Kennedy.

—¡No dije esto! La vida de un naturalista no es lo mismo que la de un despreciable salvaje. En fin, intenten… y aquí espero el resultado. Cojan mi coche. Regresarán así antes.

En la carretera, Lewis Craven conduciendo, escupió:

—Esta dama tiene muchas ínfulas, Brian.

—Le durarán hasta Jongka, viejo. ¿A nosotros qué nos importa hacernos por ahora blandos y respetuosos? Vamos a lo nuestro, viejo. Ahora mismo, me daría un placer loco romperle la cara al naturalista. Y, en vez de esto, tendré que sonreír como los japoneses. ¿Te acuerdas cómo sonreían antes de degollar a un prisionero?

—Ya… El naturalista es demasiado joven para haber visto esta clase de sonrisas. Y… ¿estás seguro de que ella no sospecha nada, de lo que traemos entre manos?

—En absoluto. Ella es tan novata como Roy Kennedy. Cuando se den cuenta, ya será tarde, y entonces… seremos nosotros los que dictaremos órdenes.

Roy Kennedy no estaba en la posada. Recorría los bazares, buscando ropa apropiada. Cuando al caer la tarde, entró en el vestíbulo de la hostería, miró recelosamente a los dos hombres que, sonriendo, se le acercaban.

—«A la americana, viejo» —había aconsejado Harrison.

Y Brian Harrison empleó la táctica número tres del reglamento particular de los sargentos en el Pacífico: «Aplasta con aparentes verdades, y te ganarás el aprecio de los jóvenes bisoños».

—Oiga, Kennedy, le estábamos esperando. Éste es Lewis Gravan, ex cabo de fusileros de marina en Guadalcanal. No le vamos a sonar el disco de nuestros servicios a la patria. Somos bruscos y ásperos como el papel de lija, porque la guerra no da buen carácter, sino que enseña a despreciar el miedo y la vida.

—Bonita presentación, ¿y a mí qué? —replicó poco amablemente Roy Kennedy.

Por más que se esforzara, no te gustaban aquellos dos sujetos. Quería admitir que era su habitual propensión en ver en todo desconocido, un maleante en potencia.

—Claro y recto, ¿eh, viejo? —rió Harrison—. Es de los duros, Lo prefiero así. Voy al grano, Kennedy. No en balde somos de la tierra del minuto pesado en oro. A éste y a mí nos interesa meternos en Nepal, y por esto me ve usted delante suyo, hecho un perro bueno, aunque me piquen los nudillos con ganas de darle en las narices.

Aquella sabía «veteranía» de Brian Harrison hizo sonreír a Roy Kennedy, que, sentándose, dijo:

—Adelante, «Oregón».

—Nosotros tenemos que conseguir antes de fin de año, una redada de animales del Himalaya, para el Zoo. Hace un mes, la señorita Trevor nos ofreció cinco mil esterlinas, si la servíamos de escolta hasta la otra frontera del norte de Nepal. Cinco mil son cinco mil. Aceptamos, y ella nos manda, porque para eso paga.

—¿También busca ella fieras?

—No. Quiere vengar a su hermano. Un gesto romántico y absurdo, pero no somos jueces. El caso es el siguiente: Craven aplicó la oreja a la puerta, y oyó lo que le decía el agregado.

—Y quieren venir conmigo, porque en el permiso puedo incluir a los componentes de mi escolta.

—¡Cabal!

—¡Ajá!

—¿Y a ella también?

—Naturalmente.

—Escuchen, amigos. Yo tendré ya bastantes líos con los naturales, sin contar con las mariposas huidizas, los pájaros

diminutos y las flores en los precipicios. ¿A santo de qué buscarme líos con las autoridades británicas?

—Porque ella es una mujer sola, que quiere vengar a su hermano, y usted es un americano.

—¿Y qué?

—Y un americano defiende siempre a una mujer sola.

Roy Kennedy rió, mirando a Lewis Graven.

—Usted, antes de ser cabo y cazador de fieras, ¿era por casualidad charlatán de feria? Bien, me han convencido. Total, una vez en la frontera, no serán los ingleses quienes nos ayudarán.

—Gracias, Kennedy. Oiga, ¿tendría inconveniente en venir a tomar, una copa con Clara Trevor? Estará muy contenta de recibirle.

—Bueno.

—No le haga mucho caso. Es endiabladamente orgullosa, pero hay que perdonárselo porque sólo piensa en vengara su hermano.

En el «Hillman» y cuando llegaban al recodo de la carretera que pasaba ante el *bungalow* de Clara Trevor, Roy Kennedy señaló hacia el jardín que desde otro viraje, Harrison le había, dicho ser el perteneciente a la provisional morada de la inglesa.

—Y ésos, ¿quiénes son?

En el jardín había cuatro policías hindúes, y otro pegaba con fuerza contra la puerta cerrada de la entrada.

Saltaron del coche los tres americanos.

Los policías salieron a su encuentro y el de la puerta abandonó sus inútiles llamadas.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó agresivamente Harrison.

—Tenemos orden de custodiar a la señorita, hasta el puerto.

Lewis Craven dijo suavemente:

—Son cinco mil libras que se nos evaporan, viejo.

Y, de pronto, sin previo aviso, los dos se convirtieron en torbellinos diestros y ejercitados en toda clase de lucha desleal, que habían practicado mucho en las islas del Pacífico.

Brian Harrison había asido por el cuello a un policía, mientras propinaba, un puntapié a otro.

Lewis Craven fue menos rápido. Introdujo el índice en el ojo del cabo de policía, y volviéndose asió la muñeca del otro, que iba a hacer uso de su pistola.

No la sacó de la funda, pero, en cambio, se encontró cabalgando sobre el hombro de Craven, y describió un arco en el aire, para ir a aterrizar de espaldas sobre una mata de geranios.

El policía que se frotaba el ojo brutalmente dolorido, recibió un puñetazo en el estómago, seguido de un rodillazo en la mandíbula.

Brian Harrison ya se había desembarazado de los otros dos, atacados tan alevosa como contundentemente.

Roy Kennedy, desde los doce años, había tomado parte con supremo goce en todas las reyertas posibles. Admiró el espectacular y hábil método de los dos ex combatientes del Pacífico, pero comentó, mirando los cuatro cuerpos, sin sentido desperdigados en rededor:

—Me asusta ver lo listos que son. ¿Ya está, no? Todo arreglado. Han despachado a estos cuatro funcionarios… que no han estado en el Pacífico… y ¿ahora qué? Vendrán otros policías.

Clara Tremor abrió la puerta, apareciendo. Se veía que admiraba la destreza corporal exhibida por los dos aventureros y que casi consideraba un cobarde naturalista a Roy Kennedy.

—Amárralos bien, viejo —expuso Lewis Craven—, y llévalos a la bodega, cuidando de cerrar bien la puerta. Señorita, el amigo Kennedy, consiente en proporcionarnos el pase de la frontera.

—¿Debo darle las gracias, caballero? —inquirió ella.

—Lo que creo que debe hacer, es abandonar cuanto antes el *bungalow* si no quiere regresar a Londres.

Brian Harrison acababa de cargar sobre su hombro a un policía, llevando a otro bajo el brazo. Y andaba con fácil paso.

Lewis Craven se inclinó para coger de un tobillo a otro, y mientras lo arrastraba dijo:

—Le ofrecimos en su nombre a Kennedy una copa, señorita.

Ella volvió a entrar, y Roy Kennedy decidió mentalmente, mientras pisaba el vestíbulo, que las prefería menos asombrosamente guapas, pero más simpáticas.

—¿*Whisky*, jerez o combinado, señor Kennedy? —preguntó ella, desdeñosamente.

—Una sonrisa.

—No conozco este combinado.

—Es sencillo. Se compone de humana ternura, amabilidad y basta con arquear los labios y dejar reír los ojos.

Clara Trevor arqueó las cejas y por sus magníficas pupilas destelló una chispa de buen humor.

—Bien, señor Kennedy. Me ha ganado usted. Tengo el suficiente sentido deportivo para comprender que a ratos soy odiosamente antipática. Pero se debe a estos tres meses exasperantes, esperando… ¡lo más increíble!…, el permiso para poder vengar a mi hermano Edgar.

—Sonriendo y hablando así, esclaviza.

Volvió ella a recuperar su talante altivo y reservado. Regresaban Harrison y Craven.

—Están encerrados a buen recaudo. Es ya de noche y creo que lo conveniente sería dirigirnos al norte, señorita.

—De acuerdo. Ya que el señor Kennedy nos ofrece su ayuda, podré exponerle nuestro plan de preparativos. ¿Tiene usted caravana propia, señor Kennedy?

—No.

—Entonces, le recomiendo la nuestra. Yo misma elegí al *gurkha*, jefe. Se llama Rachka y conoce todos los caminos que conducen a Jongka. Tiene dispuestos todos los elementos: armas, recua de mulos, elefante y provisiones, en el poblado distante dos millas de la frontera. El poblado se llama Motihari. Él y los demás portadores suman siete, más nosotros tres, hace un total de diez personas…, que puede usted incluir en su pase de frontera y libre viaje por Nepal. Los señores Harrison y Caven se detendrán en el Himalaya. Yo seguiré adelante, internándome en Jongka. Podemos ya ponernos en camino y le esperaremos en Motihari, señor Kennedy. No podremos seguir el camino natural, por si las carreteras están vigiladas, y por esta razón, no llegaremos a Motihari hasta dentro… ¿de cuánto, señor Harrison?

—Bien aprovechadas las horas, tardaremos dos días.

—¿Algún inconveniente, señor Kennedy?

—Me pasma sus dotes de organizadora, pero me da la impresión de ir a remolque y no me gusta. Echaré un vistazo a la caravana del *gurkha* Rachka, y en Motihari nos encontraremos. Hasta entonces. Mucho gusto en haberla podido ser útil, señorita.

Cuando se hubo ido Kennedy aceptando la oferta del viejo coche de los dos aventureros, comentó ella:

—Me parece de poco temple. No movió un dedo mientras

ustedes peleaban.

—No se le pueden pedir heroicidades a un muchacho que estudia peces y mariposas.

—Tendremos que ir a caballo. Preparen las cosas, señores. Y los policías…

—No se morirán. Tienen al alcance de la boca, vino y frutas.

—Telefonearé para que los liberen cuando hayamos atravesado la frontera.

—Será difícil, señorita, porque no creo, que por allá existan teléfonos públicos, y llamaríamos la atención. Crea a un veterano, Cuando transcurran dos días sin que en el puerto se haya notificado el embarque de *Lady* Trevor, vendrán aquí y lo registrarán todo, liberando así a estos cuatro endebles.

Preparando las mochilas, Harrison, asegurado de que Clara Trevor se hallaba haciendo lo mismo en la habitación alejada del garaje en que se hallaban, comentó:

—A pedir de boca, viejo. Ninguno de los dos se da cuenta, de que nos están sirviendo de pantalla. Ni Kennedy ni la *lady* presumida.

Lewis Craven desdobló lentamente un papel satinado, que extendió sobre la mesa. Una hoja, del «Ilustrated», que representaba un ídolo dibujado por un explorador.

La leyenda bajo la foto decía:

> *«Única fotografía obtenida del ídolo del templo budista de Jongka. La cabeza de oro macizo, tiene incrustada una corona de esmeraldas y los ojos son dos rubíes gigantescos. Venerado por los naturales de Jongka este curioso ídolo tiene la cabeza más valiosa del mundo».*

—Quémalo, viejo. Ya hemos mirado demasiado este ídolo. Ahora… ¡lo veremos, de frente! Bien ha valido tres años de espera, y al menos ahora nos jugaremos la vida, pero para un botín único. Y lo más gracioso será que cuando divisemos Jongka, nos haremos de rogar, pero al final ella nos convencerá y la acompañaremos. El naturalista seguramente se quedará a cazar mariposas en Nepal. Esto va bien, viejo. ¡Hazte cuenta que ya tenemos en la mochila esta

cabeza!

Lewis Craven aplicó una cerilla a la hoja satinada, que empezó a arrugarse y ennegrecerse.

—Estoy pensando en otra cabeza, viejo.

—¿En la preciosa?

—No. En la de Kennedy.

—¿Qué pasa con su cabeza?

—Yo siempre me figuré a los naturalistas, viejos y con gafas. No sé por qué, pero es así.

—¡Bah! El profesor de griego que murió en aquel arrecife de Ipangao, ya viste… Parecía un niño.

—Ya, pero este Kennedy me da una extraña impresión, como si fuera un pistolero endurecido. Mira rectamente y con dureza.

—¿Desde cuándo te asusta un hombre solo?

—No es qué me asuste. Quiero tan sólo decirte, que no te confíes mucho. Este muchacho no es un blando.

—Gallos más encrespados desplumé yo. Ahora que nos deje atravesar la frontera, y si en el Nepal se pone otra vez quisquilloso, déjalo por mi cuenca. Me lo agradecerán los pájaros. Ensilla los jamelgos, viejo. Y acuérdate de lo que te dije. Sigue respetuoso con ella. Es de las que se encabritan si las piropean, y podríamos echarlo todo a perder.

—Pero ¡es que es tan preciosa!

—Más preciosa es la cabeza que nos interesa. Siempre con esto en el seso, viejo… ¡La cabeza! ¡La cabeza que nos aguarda en Jongka!

CAPÍTULO IV

Roy Kennedy solicitó que le extendieran el permiso para diez componentes de la expedición, y dijo que los reuniría más al norte. Todo fueron facilidades para él, y dejó en la «Posada Real de las Armas», sus ropas estadounidenses.

Montó en el camión que hacía las veces de «pulman» hacia el norte, vestido con recias botas, calcetines de lana, pantalón de cuero, y camisa de hilo.

Unas correas sostenían sobre sus espaldas la mochila de tejido hindú, y cubría su cabeza con el *salakof* colonial.

Las llanuras fangosas y los pantanos fueron desfilando mientras trataba de acostumbrarse a la dureza del madero que servía de asiento, tendido a lo largo de la caja posterior del camión.

La lona, a modo de toldo, resguardaba del sol hiriente. Viajaban cinco personas más, hindúes. Le miraron al principio con indiferencia, y después, parecían haberle olvidado por completo.

No obstante, uno de aquellos pasajeros tenía algo indefinible que alertó a Kennedy. Podía tratarse de uno de los muy variados tipos de razas del norte, cuyos rasgos mongólicos son en todo semejantes a los chinos.

Pero había subido corriendo, cuando el camión estaba a punto de ponerse en marcha y tras haberse instalado Kennedy.

Vestía de *dril* blanco, y tenía la impavidez clásica del oriental. Sus oblicuos ojos deslizaban a veces miradas hacia el joven americano. Miradas furtivas y cautelosas.

Roy Kennedy, molesto con el sol, entornó los párpados, y como se respaldaba en la mochila, dormitó cabeando.

Al despertarse, tuvo conciencia de que había dormido largo tiempo, abrumado por la monotonía del árido paisaje.

Estaba solo con el oriental sospechoso y el camión seguía avanzando, pareciendo la misma llanura.

El oriental sonrió amablemente.

—Estamos ya en la llanura de Motihari —dijo en perfecto inglés.

—¿Falta mucho?

—Media hora. Me llamo Sun-Leng —dijo el oriental.

Su tono era dulzón, pero al declarar su nombre, espió la reacción en el rostro de Kennedy, que siguió imperturbable, porque el nombre de Sun-Leng no significaba nada para él.

Lo que sí adivinaba, porque tenía costumbre y se había visto en muchos casos semejantes, era que la diestra del llamado Sun-Leng estaba hundida de cierta manera entre las solapas, como si reposara en la pechera.



—Quémalo, viejo.

Pero Roy Kennedy tenía la intuición acertada de que la diestra de Sun-Leng empuñaba una culata de pistola o tal vez un estilete, porque abultaba poco la solapa izquierda.

Sun-Leng

, con sonrisa casi cordial, añadió:

—Usted no es periodista.

—No lo soy.

—Y no es policía, porque me ha dicho el chófer que pagó pasaje.

—Lo que no le ha dicho el chófer es que no me gusta que fisgoneen sobre mi persona.

Sun-Leng

fue de pronto un oriental apesadumbrado a quien se le reprocha una falta de cortesía. Su rostro tirante expresó una gran humildad.

—Mil perdones, señor, pero soy

Sun-Leng

.

—Bien; para mí, como si fuera usted Confucio en persona… —dijo Roy Kennedy, con su acostumbrada brusquedad.

—Permita —y

Sun-Leng

, separando la mano de su pechera, buscó en un bolsillo lateral, extrayendo un periódico doblado, que abrió, hasta volverlo a doblar por una columna—. Ruego lea.

Las tres palabras tenían gracia, porque por un instante el chino había hablado como se imaginaban los americanos que es estilo usual en ellos.

Cogió Kennedy el periódico, editado en Calcuta, en inglés. Leyó el titular:

> ***»De la fracasada rebelión en el Norte ha logrado escapar. Su cómplice Nana Kosi será ejecutada en Motihari.***
> ***Sun-Leng***
>
> *»De nuevo el audaz revolucionario*
> *Sun-Leng*
> *ha soliviantado los ánimos de los norteños. Afortunadamente, la situación ha sido dominada, y es inminente la captura de*
> *Sun-Leng*
> *, cuyas teorías activas de proselitismo tibetano no pueden*

ser toleradas».

Devolvió Kennedy el periódico, y simplemente por curiosidad quiso saber:

—¿En qué consisten estas teorías tibetanas,
Sun-Leng
?

—Usted es americano, señor. Y nosotros les causamos risa. Primero, creí que era usted un policía. Después pensé que era un periodista que acudía a la ejecución de Nana Kosi en Motihari. A mí me buscan por todos sitios, pero no pensarán que acudo a Motihari, porque tengo que hacer lo imposible, pero no ejecutarán a Nana Kosi.

—Un sentimiento que le honra,
Sun-Leng
. No hay que dejar al amigo en la estacada.

—Nada Kosi es una mujer. Es mi adepta sublime, mi primera conversa. Cuando empecé a pregonar mi verdad en el Tibet ella me siguió.

—¿Y cuál es su verdad,
Sun-Leng
?

—Abstenerse de ambición, desear lo que ya se tiene, no guerrear y que cada familia, cultive su huerto, ordeñe sus vacas y cabras, teja sus vestiduras y no necesite envidiar a nadie.

—Utopías,
Sun-Leng
.

Sun-Leng
elevó los ojos, murmurando:

—Hay un Dios, único que por todos vela. No deben existir tribus, sino una gran familia unida. No debemos guerrear…

—Usted dice que va a Motihari a intentar salvar a Nana Kosi. No lo conseguirá predicando, ¿verdad?

—El Dios de todos nosotros velará ayudándome. Nana Kosi es pura e inocente. Los fanáticos norteños que no me quieren oír la torturarán. Pero ella no puede ni debe morir. Así le he hablado, porque usted es de otra raza, pero no es fanático. ¡Motihari!

Y señaló delante del camión. Las llanuras fangosas habían dejado paso a vegetación exuberante que en aquel altozano verdeaba.

Escalonadas se veían unas terrazas con casa de una planta, construidas en madera y muchas de ellas de juncos.

Las terrazas iban decreciendo, y una gran explanada, rodeada de templos, se abría al final de la carretera por la que se acercaba el camión.

Se detuvo ante las señales de dos individuos con gorro de piel y túnica, que parecían pastores salvajes. Llevaban un correaje cruzado y un fusil en la mano, con el que hacían señales.

Roy Kennedy dejó de mirar a la explanada y a los dos fusileros. Parpadeó…
Sun-Leng
ya no estaba frente a él.

El conductor había descendido, y mostraba sus papeles. Roy Kennedy bajó también, ostentando los sellados del permiso, que uno de los guardianes ojeó, haciendo después una señal con la mano, mostrando la explanada.

Era el tercer día de su llegada a Benarés, y aun recordaba Kennedy las hélices del avión. Pero ahora en Motihari parecía como si de pronto entrase en un mundo distinto.

En la explanada había la más abigarrada humanidad imaginable. Vestían como pastores y muchos rostros ostentaban siniestras expresiones.

Pero ni los abrevaderos donde cabras, mulos y personas bebían, ni los *fakires* sentados en estática postura, le llamaban la atención, sino algo increíble.

En el centro de la explanada había un estrado, y sobre el estrado un ser humano en pie adoptaba una postura difícil.

La postura a la que le obligaba la «T» de madera en cuyo barrote horizontal tenía apresados el cuello y las muñecas.

Caminó hacia el estrado atraído por un sentimiento de furor, porque aquel ser atado y expuesto a la mirada de cualquiera era una mujer.

Una mujer que apenas tendría veinte años, y cuyos ojos negros parecían los de una tímida gacela cogida en cepo.

A los pies del madero vertical había una pancarta con garabatos

que no pudo leer.

Tenía los nervios bien dominados, y por esto apenas se movió cuando, a sus espaldas, la voz de Lewis Craven tradujo:

—La pancarta dice: «Ésta es Nana Kosi, la impura». Naturalmente la llaman impura porque es de otra religión y vino a predicar.

Roy Kennedy giró sobre sus tacones.

—¿No decían que iban a tardar más que yo en llegar?

—La señorita Trevor y Harrison llegarán mañana al anochecer. Ella me envió para que yo le recibiera y presentara al «gurkha».

—No había más que un camión hacia Motihari al amanecer.

—Viajé por la noche en mi cacharro. Por aquí ya me conocen, y podré serle útil. Somos sus deudores.

Maquinalmente, Rey Kennedy volvió a mirar, a Nana Kosi. Después, miró en rededor, y por fin a Lewis Graven.

—¿Usted es también de Oregón, Craven?

—No. Soy de Kansas.

—Creo recordar que para convencerme aludieron a que un americano no permite que una mujer sola sea importunada. Recuerdo que cuando un grosero se mete con una mujer por allá, salen treinta a romperle las narices al castigador.

—Somos así.

—Ya… Y esta muchacha, ¿es que no es una mujer?…

—Yo no soy el que la juzgó, Kennedy. Además, ella es una tibetana, y son asuntos de ellos.

—¿Cuándo es la ejecución?

—Oh, aquí son lentos. Esta muchacha ha sido metida en el cepo esta mañana. La tendrán así hasta pasado mañana, y por la noche prenderán fuego al estrado. Mire allí en la tercera terraza hay un bazar regentado por un irlandés. Tiene cuatro habitaciones limpias. Es donde se reunirán con nosotros la señorita Trevor y Harrison.

No quiso Kennedy mirar dé nuevo hacia el estrado, porque le parecía como si en los negros ojos sumisos de Nana Kosi hubiera una llamada suplicante.

Él era un agente del
«F. B. I.
», y no un don Quijote, empezó a decirse, andando junto a Lewis Craven, que habló:

—Rachka y los demás están en una hondonada, esperando, allá más cerca de la frontera. ¿Qué le causa extrañeza, Kennedy?

—Estoy recordando que ustedes me pidieron ayudar a Clara Trevor, y accedí. Bien… Le he visto luchar, y estoy seguro que nosotros tres podemos evitar que torturen a Nana Kosi.

Lewis Craven arrugó la boca en mueca burlona.

—No cuente conmigo, Kennedy. Yo no estoy loco.

—Entonces, lo estaré yo… Mire, veterano… Yo no he estado en la guerra, y por esto aun tengo algo de blandura. Será estúpido, pero si continuara el viaje, dejando atrás a esta muchacha a merced de la próxima hoguera, me parecería que ya no era digno de llamarme hombre.

—Si por cada poblado que pasa pretende evitar estos espectáculos, más vale que lleve consigo una ambulancia y un tanque. La ambulancia, para recoger a los expuestos en la picota, y el tanque, para tener una posibilidad de salvación. Ésta es la casa del irlandés.

Después de la comida, se alejó Craven para volver con dos caballos ensillados, deteniéndose ante la terraza de la casa, donde habían comido.

Roy Kennedy seguía mirando hacia el lejano estrado, diminuto en el centro de la explanada. Comprendía que para Craven lo que había dicho significaba, simplemente una reacción momentánea de su espíritu civilizado, sin más consecuencias.

Al atardecer llegaron a la hondonada, donde un hindú de alta estatura inclinóse al desmontar Craven.

—Éste es el «gurkha». Rachka, el mejor guía del Nepal.

Roy Kennedy examinó los restantes, hindúes, la recua de mulos con alforjas repletas. Levantó una lona que cubría una alforja.

Un rifle provisto de anteojo de largo alcance estaba encima de cananas con municiones y redes. En otra alforja había un fusil ametrallador.

Pestañeó, cuando cerca de él una masa informe elevóse. Era un elefante, sobre cuyo lomo había un baldaquín, y al que acababa Rachka de obligar a levantarse.

—La montura para la señorita. Es un animal ligero y desde su lomo se caza admirablemente, cuando el caso lo requiere —explicó Craven.

—¿Acostumbra usted a cazar tigres con ametralladora?

—¡Oh, no! Es arma de último recurso, y contra hombres, si es que así puede llamarse a los bandidos salvajes de la frontera norte del Nepal.

—¿No han considerado peligroso dejar a esta gente, aquí sola con el armamento?

—Lo peligroso habría sido dejarlos en Motihari. El «gurkha» ha jurado fidelidad a Clara Trevor. Es un antiguo guía de los ingleses, y es de toda confianza. ¿Le gusta la caravana?

—Parece apta.

—No lo dude. Es de lo mejor.

Regresando a Motihari, Roy Kennedy pensaba en Sun-Leng y en Nana Kosi. Dos ilusos, dos atormentados filósofos.

El día siguiente lo pasó sacando de su mochila algunos objetos que le acreditaran como naturalista y leyendo su manual científico. No volvió a mirar hacia la explanada, cuando vio al amanecer que Nana Kosi seguía en la picota.

Sun-Leng no había aún podido lograr su propósito. A media tarde, oyó él vozarrón agrio de Brian Harrison.

Fue a la única terraza, y la sonrisa de Clara Trevor le fue difícil de reconocer, porque ella se había maquillado con una capa de ocre, y era a buen seguro una peluca aquella masa negra que cubría su esplendorosa cabellera rubia.

Vestía *sari* y sandalias, y un velo caía con gracia sobre su hombro derecho.

—Es necesario este disfraz, al menos hasta haber atravesado la frontera —explicó ella—. Cuando quiera, señor Kennedy, nos pendremos en marcha.

Roy Kennedy se adosó contra el tabique de madera, insertos los pulgares en el cinto de su corto pantalón.

—Tengo un quehacer esta noche. No me pregunten de qué trata, porque seguramente me llamarían loco, y esto ya me lo estoy llamando yo. Si mañana al amanecer aparezco, seguiremos camino. Si no…, pueden viajar, libremente con sus propios medios.

—¡Esto no es lo convenido, señor Kennedy! —protestó ella.

Lewis Craven, intervino.

—No diría de veras aquello, Kennedy.

—Escúchenme. Ustedes ya se han hecho cargo de que vamos a dejar a nuestras espaldas lo que se llama normalidad. Están bien dispuestos a llegar a sus objetivos, sea como sea. Yo, también… Hoy me he leído algunos periódicos de Benarés, y es absurdo que el resto de civilización que me queda me consienta continuar considerándome hombre, si no hago lo que me he propuesto.

Lewis Craven, ante las miradas de asombro de Clara Trevor y Brian Harrison, explicó:

—Es referente a Nana Kosi, la tibetana que van a quemar. Nuestro compañero de viaje quiere salvarla de la hoguera.

La carcajada de Clara Trevor fue deliciosa en sonido, irónica en su intención.

—¡No le creí capaz de tal romanticismo valiente, señor Kennedy! Reflexione y no sea niño. Usted es un sabio, y por tanto, fiel creyente en las matemáticas. ¿Qué es para usted esta desconocida?

—Antes de tener el honor de ofrecerle mi permiso, también era usted una perfecta desconocida para mí, señorita Trevor.

—¡Yo soy inglesa! No compare.

—Ella es también una mujer.

—Oiga, Kennedy; no sea caprichoso —dijo Brian Harrison.

Crispó Kennedy los dedos sobre su cinto.

—Si es capricho querer salvar de una muerte horrible a una criatura humana, cuyo único delito es predicar paz y querer que no existan guerras de tribus, entonces soy el hombre más caprichoso del universo entero. ¡No, Craven! Sin ser *fakir* acabo de leer en sus ojos. Ha pensado meterle mano a mi permiso, ¿no? Estense quietos donde se encuentran. Les he visto luchar, y para que sigamos hablando tienen que seguir a una distancia de tres metros como mínimo. A menos distancia, empiezo a funcionar, y tal vez el sabio naturalista les reserve alguna sorpresa.

Lewis Craven retrocedió sonriendo, como un gato a quien le apartan el plato de sardinas. Brian Harrison forzó una risotada campechana.

—Hombre, Kennedy, no hay por qué ponerse trágico. Casi le hubiera convenido que Craven le arrebatara el permiso, y le obligara a atravesar la frontera.

—Inténtelo.

—¡Es ridículo, señor. Kennedy! —exclamó Clara Trevor.

—Cuando hablan los hombres, las señoras, calladitas —sonrió, duramente, Roy Kennedy, mirando de soslayo a la inglesa.

—¿No te dije? —rió Craven—. Este muchacho es de los duros. Escuche, Kennedy. Suponga que liberta a la tibetana… Adiós su caza de especies raras para sus carpetas de colorines. ¡Bien se ve que es usted un sabio sin gran empeño en cruzar el Nepal! Sea razonable.

—Le achacarán el negocio, si consigue escapar con ella.

—No, me lo achacarán, porque en Motihari está
Sun-Leng
.

—¡Ah!

—Y esta noche he observado la explanada. No hay centinelas.

—¡Claro! ¡Porque nadie se arriesgaría a subir al estrado! Vamos a cenar, y después, si persiste, pues… podremos pactar.

—No, veterano. Usted, lo que quiere, es el permiso. Yo me voy a la explanada, y les notifico que cualquier intento de acercamiento significará ruptura de hostilidades. Si consigo lo que me propongo, me dirigiré rectamente hacia la barrancada. Y daré con ella, porque sé orientarme. No es preciso que me acompañe, Graven. Conozco el camino.

Fue Roy Kennedy retrocediendo, hasta que ya alejado, caminó apresuradamente, bajando las escaleras que flanqueaban los escalonados terraplenes edificados.

El sol ocultóse ya y caía el crepúsculo rápidamente. Clara Trevor, musitó:

—Es una locura, pero… digna de admiración. También eso mismo hubiera hecho mi hermano. Señores, no queda más remedio. Iremos a reunimos con Rachka, y si a la madrugada no ha regresado el señor Kennedy, atravesaremos, la frontera como sea.

—Podríamos Brian y yo…

—¡No! Les necesito para atravesar el Nepal. Y no le servirían de ayuda al señor Kennedy. Deseémosle buena suerte, y pongámonos en marcha. Al amanecer sabremos si el naturalista es más audaz de lo que suponíamos.

CAPÍTULO V

Un derviche giraba como una peonza ante su templo, rodeado por unos sectarios que asistían a su plegaria acrobática.

En otro rincón de la explanada, un energúmeno poseso, con los caballos tiesos por acción de una untura, se clavaba afilados cuchillos en la carne de brazos y muslos.

Sus ojos mostraban tan sólo el blanco del globo, mientras sus pies batían el suelo a cadencia acompasada.

Era la hora del rito, y en aquella plaza cuadrada cada clase de tribu norteña acompañaba a su santón.

Los había impresionantes, dentro de sus grotescas contorsiones, Otros se limitaban a permanecer en cuclillas sobre sus tapices *yogi*, para de vez en cuando adoptar repentinamente y con facilidad la más extraordinaria de las posiciones.

Y en el centro, en el estrado, continuaba Nana Kosi con la cabeza y los brazos presos en la picota.

Roy Kennedy descendió el último escalón, e iba a avanzar, cuando sintió un roce en su tobillo.

Había muchos hindúes tendidos boca abajo, pero allí en aquel trecho solo, había uno, vistiendo la ropa de los montañeses.

Roy Kennedy se tendió en el suelo, porque los destellos de las muchas antorchas le habían hecho reconocer a
Sun-Leng
en el que así le avisaba.

—No debe usted seguir más adelante. A esta hora lo considerarían un escarnio.

—La Providencia está conmigo,
Sun-Leng
. Le buscaba.

—Le vi descender hacia aquí.

—No se ofenda,
Sun-Leng
, pero reconozca que si la pobrecilla está en vísperas de ser quemada, es por culpa de usted.

—Ella no lo cree así. Me vio y me ha sonreído.

—Usted es un hombre,
Sun-Leng
, y puede hacer de su piel lo que se le antoje. Pero ella, ¿qué edad tiene?

—Dieciocho años de los vuestros.

—¿Va usted a consentir que muera torturada?

—He decidido morir con ella.

—Usted es un hombre bueno y un iluso,
Sun-Leng
. Según tengo entendido, en el Tibet sus naturales viven idílicamente.

—La vida allí es dulce, porque si al coger una rosa, sus espinas nos sangran, aspiramos su tenue aroma, que nos conforta.

—Lo cual, puesto en mi idioma, quiere decir que ustedes se conforman con las calamidades, sacando el máximo goce de las pequeñas dichas. Son verdaderos sabios. Pero ahora hablemos de hombre a hombre,
Sun-Leng
. Yo quiero su palabra de honor.

—El honor no se da, porque está siempre junto al corazón.

—Bien. Yo necesito su promesa de que si Nana Kosi se salva, usted mismo la devolverá a su tierra natal. Déjela allá, que cumpla con su destino de mujer, que se case, que tenga muchos tibetanitos, y déjese de arrastrarla en sus prédicas.

—El joven blanco cetrino tiene un corazón puro, aunque su gesto primero sea áspero. También la blanca nieve hiela, pero al fundirse es agua tibia. Me entibia, el alma oírte, hermano.

—Tal vez seamos hermanos, tal como lo piensas. Sun-Leng, pero el hecho es que yo predico a puñetazos y tiros.

—La violencia atrae las violencias.

—Tienes que ayudarme,
Sun-Leng

, porque no quiero que esta pobrecilla sea quemada.

—Yo te ayudaré, porque tú eres bueno. ¿Qué debe hacer?

—Si consigo mi propósito, llevarla al Tibet.

—Lo haré.

—A dos horas de caballo hacia el Norte, se llega a un altillo donde hay dos piedras grandes, una de ellas casi en equilibrio sobre la otra.

—Es la roca que se mueve.

—Hay abajo una barrancada. Allí está mi caravana. Allí deberás llevar a Nana Kosi y esperarme hasta el amanecer.

—No puedo llevarla.

—Aquel caballo tiene mucho nervio. Yo soy muy mal jinete, pero cuando se me mete algo entre ceja y ceja, monto una locomotora fuera de raíles si es, preciso.

—Aquel caballo es un siberiano. Son malos, porque vienen de cruces muy salvajes.

—No importa. A persona nadie me gana, pero cuando me pongo mulo, ríete tú de los cruces salvajes.

—Ahora mismo tu rostro tiene salvajismo.

—Tú puedes llegar hasta cerca del estrado. Te tiendes, y cuando me veas disparar, aguarda hasta oír el cuarto estampido. ¿Sabes lo que sucederá? Todos correrán, unos por miedo, otros por curiosidad, pero lo seguro e infalible es que mirarán hacia dónde parten los disparos. Y mientras me persigan, porque emplearé tu nombre y gritaré que soy

Sun-Leng

, podrás fácilmente liberar a Nana Kosi.

—Te cogerán.

—Ya llegaré yo antes a lomos de aquel bicho, cuándo compruebe que en la picota ya no está Nana Kosi. Y para que no sufra tu corazonazo, te prometo que sólo dispararé al aire… mientras me sea posible. Claro que si se ponen las cosas feas…, yo quiero llegar a la barrancada.

—¿Qué te propones?

—Salvar a la muchacha.

—Me refiero a tu viaje por esta tierra.

—Quiero atravesar el Nepal y llegar hasta el Himalaya. Soy naturalista, y clasifico mariposas, pájaros y peces.

—Son seres libres que deben vivir del aire, del agua y de la tierra.

—Me he asociado a dos cazadores de fieras, y juntos atravesaremos la frontera, porque tengo un permiso especial. Éste es el permiso. Tómalo, y cuando llegues a la barrancada, si al amanecer no aparezco, entrégale este papel a la señorita inglesa que forma parte de nuestra expedición. Le dirás a ella que yo, Roy Kennedy, ordeno que tú y Nana Kosi os dirijáis al Tibet, y forméis parte de la caravana. ¿Todo comprendido, Sun-Leng?

—Guarda el permiso, capitán. Kennedy.

—No soy militar.

—Eres capitán porque sabes mandar y exponerte al peligro por una causa buena. Dame la pistola.

—¿Eh?

—Sun-Leng soy yo, y no debes engañar a estos pobres equivocados. Y tú eres el que salvará a Nana Kosi.

—Si yo soy capitán, mando yo.

Una sonrisa distendió el rostro oriental apoyado sobre los brazos contra el suelo.

—Yo tengo más costumbre que tú de escapar y ser perseguido. Y sabré hablarles en el dialecto de ellos. Se volverán locos pretendiendo atraparme, pero mis piernas han escalado las más altas montañas, y cuando me guía el corazón, venzo el aire en mi carrera. Dispararé, para que todos me miren, pero sabré devolverte la pistola en la barrancada, faltándole sólo una bala. Y Nana Kosi volverá a la tierra de paz, porque hay demasiada maldad en los hombres.

Deslizó Roy Kennedy su pistola de forma que quedó oculta bajo los brazos de Sun-Leng.

Sun-Leng se levantó, y, andando pausadamente, se dirigió hacia un templo budista ante el cual había pocos adeptos.

Se irguió. Desde donde hallábase daba frente a las espaldas de Nana Kosi y al caballo siberiano, atado a un abrevadero entre varios

carneros.

Alzó el brazo y disparó hacia lo alto. El fogonazo y el estampido produjeron un silencio instantáneo en la explanada.

Sun-Leng

, en un gutural dialecto, empezó a gritar. Varios corrieron, y de pronto fue una avalancha humana hacia las escaleras a cuyo final estaba

Sun-Leng

perorando agitadamente.

Roy Kennedy, en pie, corrió velozmente, saltando sobre el estrado. Sacó los vástagos que unían las argollas en la madera, e inclinándose hizo lo mismo con las que sujetaban los tobillos de la tibetana.

Levantó la mitad más alta de la barra horizontal, y Nana. Kosi, desmadejada, cayó hacia el suelo.

Pero ya Roy Kennedy la había abrazado, y en volandas corría hacia el abrevadero. Colocó a la tibetana sobre su hombro, y con cierta dificultad logró ensillar.

La silla era dura y estrecha. El caballo caracoleó, relinchando. Tiró Kennedy de la cuerda, y, al sentirse libre, el caballo retrocedió piafando.

Sentía que aquel jinete no era su amo, y furioso, agachando la cabeza hasta casi meterla entre los remos delanteros, partió en galope raudo hacia un muro cercano.

Brutalmente, Kennedy tiró del bocado, pegando a la vez dos taconazos en el vientre del animal.

La voz de

Sun-Leng

estaba ya apagada por el murmullo de todos, los fanáticos que en ritmo creciente ululaban injurias.

El caballo galopaba a todo tranco, espoleado constantemente por feroces taconazos. Las rodillas de Roy Kennedy ardían en su esfuerzo por mantenerlas pegadas a los flancos.

Nana Kosi, debilitada por su permanencia en la picota, donde sólo había sentido en sus labios el roce húmedo de un trapo empapado en agua y miel, bamboleaba sobre el hombro del jinete improvisado.

La obscuridad era ya completa, y sólo un leve fulgor de luna

iluminaba el sendero. El mismo que el día anterior había seguido en compañía de Lewis Graven.

Consiguió, después de varios intentos, colocar a Nana Kosi atravesada en el lomo delante suyo.

La mantuvo abrazada con el brazo derecho, mientras con el izquierdo daba de vez en cuando un brusco tirón cuando el caballo pretendía internarse por un lado.

Los ojos de Nana Kosi se abrieron lentamente, y tuvo conciencia Roy Kennedy de que la tibetana le miraba con fijeza asombrada.

Se tocó el pecho Kennedy durante una fracción de segundo, porque el caballo no le permitía más.

—Sun-Leng… —dijo—. Amigo…

Una tenue sonrisa dilató la faz aniñada y los sumisos ojos pestañearon como dando a entender que había comprendido.

Miró Roy Kennedy hacia atrás. No veía más que obscuridad, y sólo oíase el repicar salvaje de los cascos herrados.

No le perseguían. Aquello que escuchaba era el propio eco de su cabalgadura. Pero quiso cerciorarse.

Tiró bruscamente hacia lo alto de las riendas. El caballo se encabritó, quedando detenido en el aire, manoteando.

Y Roy Kennedy, lanzando una maldición, sintió como, sin poderlo evitar, resbalaba hacia atrás.

Ahuecó el pecho para proteger de la inminente caída a la muchacha, y chocó de espaldas contra el suelo. Dio vueltas sobre sí mismo, porque, girando sobre sus patas traseras, el caballo, manoteando, pretendía patear a los dos caídos.

Empujó a Nana Kosi, y, poniéndose en pie, agitó los brazos ante el belfo sanguinolento e irritado del potro, pretendiendo recoger la larga rienda.

Percibió el roce en su diestra del cáñamo, pero de pronto, dando un salto de costado, el caballo partió a todo galope, volviendo grupas.

—¡Maldición! —Gruñó.

Y de pronto rió. ¡Qué importaba que hubiera sido desmontado! El caso era que ya no habría olor a carne de Nana Kosi, quemándose en una pira allá en Motihari.

Regresó junto a la tibetana, que, sentada en el suelo, se pasaba las manos por las sienes.

—¿Duele, Nana Kosi? Más te hubiera dolido si te asan. Bueno, esto también tiene gracia. Resulta que ni siquiera podemos charlar, porque no me entiendes.

Le tendió la mano, ayudándola a levantarse. Señaló a lo lejos hacia el Norte.

—Tenemos que ir allá. Vendrá Sun-Leng.

Ella, dócilmente, echó a andar, asida de su mano.

Y Roy Kennedy, seguro de que no era entendido, se sintió sentimental al contacto de la tibia manecita.

—Pobrecilla paloma. Daba pena verte allí, cogida en el cepo como si fueras una pantera. Y tus ojos tienen dulzura de animal herido. No debiste nunca abandonar tu aldea.

Miró hacia el oeste. Veía una larga hilera de puntos luminosos agitándose como una oleada de fosforescencias a ras de tierra.

Dedujo que serían los perseguidores de Sun-Leng, lo cual era un buen síntoma. Si le perseguían era que de nuevo Sun-Leng había logrado escapar.

Y sólo había disparado el balazo de aviso al aire.

—Un buen tipo Sun-Leng. Pero predica en el desierto, en esta tierra donde cada cual cree en lo que se le antoja. Dieciocho añitos, ¿eh? ¿Y metida a revolucionaria? —rió Kennedy.

Estaba gozoso. Comprendía que si su jefe supiera que por una hora había arriesgado su misión, no recibiría ni mucho menos felicitaciones. Pero estaba infinitamente contento.

Y los menudos pasitos de la tibetana le hacían gracia. Era bonito vivir, cuando sentíase en el alma la grata sensación de haber realizado una buena obra.

Recordó cuándo a los quince años de edad corría igual que ahora, sólo que estaba en un prado de Columbia y acababa de robar manzanas en compañía de una muchacha que se llamaba…

—No lo recuerdo. Pero tú eres más graciosa. Tienes el encanto de tu raza, sin amaneramientos. Bueno, y ahora escarbando para el

Tibet, y a no moverte de allá —volvió a reír.

Siguieron andando apresuradamente. Y de pronto, se encorvó, con los músculos tensos.

Alguien rondaba cerca de la roca bamboleante, a la que acababan de llegar después de larga marcha.

Apareció la corpulenta y alta silueta de Brian Harrison.

Y el pelirrojo aventurero exhaló una amplia respiración de alivio.

—Hola. Ya está el pase de fronteras aquí, Oregón.

Descendieron por la barrancada, y a la tenue luz de una linterna, divisó Kennedy a Clara Trevor, a cuyo lado estaba Lewis Craven.

—Bienvenido —sonrió la inglesa—. La, suerte acompaña a los audaces. Pero ¡es una niña su Nana Kosi!

—No es mía. Espero que pronto vendrá Sun-Leng, y ambos se dirigirán al Tibet, de donde son originarios. Que el *gurkha* Rachka despida a dos de sus hombres.

—Esta muchacha podrá ir sola, porque… —empezó a decir Clara Trevor.

—Hágase cargo que ellos dos son mis personales acompañantes, señorita Trevor.

—Además, pueden ser útiles para informarla a usted sobre Jongka, que seguramente conocerán —intervino inesperadamente Craven.

—La utilidad, siempre la utilidad —sonrió duramente Kennedy.

—De acuerdo —aceptó Clara Trevor—. Conviene ponernos en marcha.

—Hay que esperar al segundo miembro de mi personal caravana. Usted, Craven, explíquele a Rachka que le sobran dos de sus guías.

—Puede arreglarse fácilmente.

—¡No vamos a estar esperando! —exclamó Clara Trevor.

—Hasta el amanecer. Así se lo prometí a Sun-Leng, y tenga presente, señorita Trevor, que cuando doy mi palabra, nadie me hace faltar a ella.

—Para ser naturalista es usted muy autoritario, señor Kennedy.

—La profesión nada tiene que ver con el carácter. Hay cajeros

de Banco con temperamento de atracador, y se dominan. Vaya, Craven… Y si me alcanzan la cantimplora con vino, reanimaré a esta muchacha que está cayéndose.

Poco después de beber, Nana Kosi sonrió, y era su expresión tan agradecida, que Roy Kennedy comprobó que se esponjaba de placer.

—Estaba bueno, ¿no, preciosa? Bien, ahora vas a ir a tumbarte dentro del baldaquín aquel.

—¡Es mi personal habitación, señor Kennedy!

—Oiga, señorita Trevor, me empieza usted a enojar, ¿se entera? Aquí no estamos en una recepción palaciega de Londres. Guárdese los humos, y recuerde que cuando sonríe está de buen ver, pero cuando chilla y se endereza, me dan ganas de darle una azotaina.

—¡Grosero…, insolente…, villano!… —Se atragantó Clara Trevor, a la que nadie había hablado así.

Sonrió divertido Lewis Craven, que regresaba de hablar con Rachka. Y Roy Kennedy, llevando del brazo a la cohibida Nana Kosi, manifestó:

—Respire a fondo, Clara Trevor, y tómeselo con calma. Si me chilla, no espere cortesía de mi parte.

El elefante, arrodillado, tenía tendida sobre el flanco la escalerilla que conducía al cajón entoldado, en cuyo interior había un lecho y el equipaje particular de Clara Trevor.

Un hindú interceptó el paso, diciendo en torpe inglés:

—No subir más que «*Sahib*». Trevorin.

—Tú apartar, o del trompazo que voy a darte, te vas a creer que ha sido el elefante.

Acudió corriendo Brian Harrison, exclamando:

—¡Tú dejar a «*Sahib*». Kennedy, que es jefe expedición!

El hindú, impasible, se apartó.

—Arriba, preciosa. Y a dormir tranquila.

—Sun-Leng —dijo, ella dulcemente.

—Ya vendrá, ya vendrá, mujer. ¡Arriba!

Fue subiendo ella para desaparecer tras las cortinillas que rodeaban el baldaquín.

—Tiene usted agallas, Kennedy. Salvó a la moza.

—Y le salvé el pase libre de fronteras, que es lo que le interesa.

—La señorita Trevor está que trina. Dice que todos los yanquis son unos groseros, que no saben tratar a las mujeres.

—Los graznidos de la pava resbalan sobre mi cutis como el agua sobre el plumón del pato —sonrió Kennedy—. Y oiga, Oregón, usted y su compañero no me anden muy cerca.

—¿Por qué?

—Por si acaso.

—¿Es que no fía de nosotros?

—No mucho.

—¡Está bueno! —rió estentóreo Brian Harrison—. Usted no se chupa el dedo, ¿eh?

—No. Me lo muerdo hace mucho tiempo.

—¿Por casualidad, antes de cazar mariposas, estaba usted de matón en alguna taberna marinera?

—He hecho un poco de todo, y a mi corta edad puedo asegurarle que he aprovechado bien el tiempo.

—Me es usted simpático, Kennedy.

—Lamento no poderle devolver el cumplido… ¡Sun-Leng!…

Respirando afanosamente, cogido por los sobacos, llegaba
Sun-Leng
entre Craven y Un hindú.

Sonrió con esfuerzo y musitó:

—Hemos… cumplido…, hermano… Lleva a Nana Kosi… al Tibet…

Su cabeza cayó sobre el pecho, desmayada.

—Tiene un lanzazo en la espalda —dijo Craven.

Brian Harrison desgarró la túnica, descubriendo la ancha herida profunda.

—Mal asunto. Tendremos que dejarle aquí, Kennedy. Le curaremos, pero atravesar la frontera con él mal herido, nos haría sospechosos.

Sun-Leng
abrió los ojos.

—Llévenme hasta… donde pueda ver mis Colinas… Prometo… que ante los oficiales de frontera me aguantaré en pie.

Volvió a desmayarse.

—Botiquín —dijo Craven a Rachka, tras mirar la expresión de Kennedy.

—Estos salvajes aguantan mucho. ¿Podemos ponernos en marcha, Kennedy? —preguntó Harrison.

—Inmediatamente que esté vendado
Sun-Leng
.

Craven demostró ser un experto sanador de heridas por desgarro. Su drenaje fue perfecto, así como el vendaje que colocó hábilmente.

—Este diablo morirá viendo sus montañas —comentó Craven al terminar.

La actividad reinó en el campamento, y la recua de mulos sobre uno de los que estaba tendido
Sun-Leng
, se puso en movimiento.

Atrás, iban Harrison y Craven a pie, al igual que Roy Kennedy. A caballo, el único de la caravana, Clara Trevor guardaba silencio.

Atrás, el elefante se bamboleaba torpemente, conducido por Rachka. Y cuando amaneció, la línea da la frontera quedaba atrás. La habían atravesado inmediatamente, apenas los soldados hindús y sus oficiales habían visto el especial permiso sellado.
Sun-Leng
andaba apoyándose en el mulo que hasta la frontera le había transportado. Muy a lo lejos, a través del Nepal, se divisaban unos jirones blancos que parecían nubes: eran las cumbres del Himalaya.

—¡Acampar! —exclamó Clara Trevor, que también al atravesar la frontera la había pasado andando, porque una mujer de tez de hindú no podía ir montada, habiendo hombres a pie—. ¡Ha llegado el momento de poner las cosas en claro y determinar quién manda aquí, señor Kennedy!

Capítulo VI

A la pregunta de Clara Trevor, replicó lacónicamente Kennedy:

—Nadie.

—No es el momento más apropiado para que pueda apreciar sus ingeniosas sutilezas, señor Kennedy.

—Yo le quiero hacer comprender que a partir de ahora debe cesar nuestra civilizada costumbre de discutir. Las polémicas quedan bien en los salones, pero no aquí, donde cada uno de nosotros tiene tarea más que suficiente en procurar sobrevivir el embate de los elementos naturales, comprendiendo entre ellos a los habitantes. ¡No hable usted hasta, que yo termine! Les facilité mi permiso, pero esto no significa que debamos continuar juntos, ni mucho menos que tenga yo que acatar mando de nadie. Ustedes tres tienen su caravana, y pueden seguir adelante, puesto que ahora ya no les soy útil. Yo, con Nana Kosi y
Sun-Leng
seguiré caminando. Pido tan sólo que me cedan al precio que les costó, un mulo, el caballo, y un par de rifles. Como ven, tengo sentido común, y no pido gollerías por haberles facilitado la entrada en este territorio. ¿De acuerdo, señores?

Clara Trevor comprendió que la manera de hablar de Roy Kennedy era la que influía en los dos aventureros. No obstante, picada en su amor propio, manifestó:

—Yo soy quien ha sufragado los gastos y he sido considerada como jefe de la expedición.

—Bien. Esto será por lo que se refiere a sus dos acompañantes, pero no a mí. Resuelvan lo que les dicte el buen sentido.

Se apartó Roy Kennedy para atender a
Sun-Leng

, al cual volvió a instalar a lomos de un mulo, cuyas alforjas descargó primero.

El tibetano murmuró:

—Muchos contratiempos, capitán Kennedy. Pero ahora sé ya que no moriré. El aire que desciende de las lejanas montañas me vivifica, y esta herida se cierra sin que por ella mi alma huya.

—Esto va bien, Sun. Ya estás charlatán.

Del elefante acurrucado descendió Nana Kosi, acercándose y cogiendo una de las manos de
Sun-Leng
entre las suyas.

Clara Trevor era autoritaria, pero su fondo era altruista. Cuando volvió Roy Kennedy, ella dijo:

—Los señores Harrison y Craven opinan que es preferible que hasta el linde de las montañas efectuemos el viaje juntos. Puede la tibetana disponer del caballo, y el herido del mulo. ¿Está de acuerdo, señor Kennedy?

—Es razonable.

—El guía Rachka nos llevará por los caminos menos peligrosos.

—Nosotros tenemos licencia para cazar en la frontera norte del Nepal —comentó Brian Harrison—. Acompañaremos a la señorita Trevor hasta la frontera, con Jongka. ¿Y usted, Kennedy?

—Hasta allá vamos bien juntos.

La distribución del horario ya no permitió durante muchos días discusiones ni tertulias. Sun-Leng iba mejorando, y al sexto día de marcha andaba por su pie.

El calor era cada vez más pegajoso e insoportable. Por esto, de común acuerdo, al caer la noche emprendían la larga caminata sin detenerse hasta el amanecer, en que efectuaban una sólida comida, para continuar andando, hasta que el ardor del sol les hacía acogerse, a un sombreado paraje, donde dormían hasta la caída de la tarde.

Clara Trevor permanecía en el baldaquín del elefante. El guía Rachka iba en cabeza con Harrison y Graven.

Y a retaguardia iban Kennedy a caballo, mientras en el mulo montaba Nana Kosi, acompañada a pie por
Sun-Leng
cuando éste se repuso.

Los caminos elegidos por Rachka estaban siempre alejados de todo poblado. La monotonía del paisaje era abrumadora, y la fatiga actuaba en los componentes de la caravana a modo de sedante.

Se aprovisionaban de agua en los abundantes riachuelos por cuyos bordes conducía Rachka la caravana. A medida que iban haciéndose más cercanas las estribaciones del Himalaya, la tensión anímica se apoderaba de todos, menos de Sun-Leng y Nana Kosi.

Los dos tibetanos hablaban mucho entre ellos, pero se limitaban a sonreír amablemente cuando en los altos para comer, Roy Kennedy se unía a ellos. El americano no tenía tampoco deseos de hablar.

Por fin, exactamente al crepúsculo del día catorce desde que habían atravesado la frontera, la caravana acampó en un bosque en declive.

Y el *gurkha* Rachka habló largamente con Clara Trevor. La inglesa, se aproximó al lugar donde Roy Kennedy terminaba su cena.

Tras ella venían Brian Harrison y Lewis. Craven.

—Tenemos que hablar, señor Kennedy. Como su amigo el tibetano comprende el inglés, le ruego…

No terminó la frase porque Sun-Leng, cogiendo por la mano a Nana Kosi, se alejó.

—Usted dirá —invitó Kennedy.

—Rachka me ha dicho que nos hallamos a igual distancia de los dos pasos que atraviesan la cadena montañosa. Los señores Harrison y Craven aceptan acompañarme un trecho, puesto que hallarán caza en los aledaños montañosos de la otra vertiente. Sólo el guía Rachka vendrá conmigo, y los demás nos esperarán aquí. Sería peligroso internarnos con ellos, porque son musulmanes. Atravesaremos por el Himalchuli.

—Muy bien.

—Ahora que vamos a despedimos, quiero pedirle excusas si mi comportamiento ha sido algo orgulloso. Pero es la tensión nerviosa.

—Yo soy quien le presenta excusas, si he estado grosero. Y ya qué reina la cordialidad, ¿me tolera una indiscreción?

—Ya dijo mi compatriota Wilde que nunca son las preguntas las indiscretas, sino las respuestas. ¿Qué desea saber?

—Lo que se propone, al internarse en Jongka.

—Vengar a mi hermano Edgar.

—Esto lo sabía. Pero ¿cómo?

—Indagando, llegaré a saber quién mató a un inglés, ya que no abundan los que en Jongka se internan.

—¿Y entonces?

—Sabré vengarlo.

—Suponga que haya sido muerto por orden del propio marajá.

—Sabré llegar hasta el propio marajá. Adiós, señor Kennedy y buena suerte.

Mucho más la necesitará usted. De todos modos no me diga adiós, porque sería posible que volviéramos a vernos.

Eso espero. Puede quedarse con, el caballo y el mulo. No los necesitaremos, ya que Rachka dice que para tener más probabilidades de transitar por Jongka precisamos vestir ropas de peregrino y esconder nuestras armas en las alforjas de un mulo.

—Si yo tuviera autoridad sobre usted, Clara Trevor, aunque fuera atándola, la haría dar media vuelta. Pero como no la tengo, y me anticipo a lo que iba a decirme, le deseo buena suerte.

Poco después Rachka abría la marcha, seguido por Clara Trevor, con ropas masculinas, y de nuevo con peluca negra corta, y atezada la piel con polvos ocre.

Brian Harrison y Lewis Craven vestían como Rachka. Conducían por el ronzal el mulo, en cuyas alforjas llevaban sus armas de largo alcance.

Y fue entonces citando repentinamente Roy Kennedy tuvo la certeza de que los dos aventureros no iban a cazar fieras, porque si hubiera sido así necesitaban portadores para las redes y trampas y reata para transportar el botín cazado.

¿Acompañaban a Clara Trevor por las cinco mil libras prometidas? Ya las habían ganado, puesto que su compromiso terminaba al llegar a la cadena del Himalaya.

Dejó de pensar en ello, porque le apremiaban mayores problemas que resolver.

Sun-Leng

reapareció, siempre asiendo de la mano a Nana Kosi. Sentáronse

ante Roy Kennedy, que se sobresaltó al oír a la tibetana decirle en titubeante pero claro inglés:

Le estoy muy reconocida, capitán Kennedy, porque nos ayudó a Sun-Leng y a mí.

Roy Kennedy rió, contemplando la maliciosa sonrisa de Nana Kosi.

—¿Con que sabías inglés y te lo callaste?

—Fea costumbre sería si la mujer se atreviera a hablar sin ser preguntada, capitán Kennedy. Ahora hablo, porque Sun-Leng me ha autorizado.

Sun-Leng alzó la mano con gesto casi majestuoso:

—Tus compañeros van a la muerte, porque han entrado en el paso de Himalchuli, que conduce al valle de la Eterna Primavera.

—Son valientes y saben luchar. Además van convertidos en peregrinos, lo cual les hará pasar desapercibidos.

—Es peor, porque si los cogen, el principal cargo será precisamente por haber entrado disfrazados.

—Yo pienso también ir a Jongka, Sun-Leng.

—Si esto has decidido, no cambies tu ropa ni tu faz, porque siendo sabio curioso de coger animalitos, tal vez respeten tu vida y te obliguen a regresar aquí Pero la diosa rubia y los dos impetuosos ambiciosos no lograrán engañar al Dzong Gorza Khan.

—La diosa rubia le va bien a Clara Trevor. ¿En qué adivinaste que son ambiciosos Harrison y Craven?

—Ellos no son puros cazadores, como tú. Puedes haberme engañado diciendo que buscas peces, pájaros y mariposas, pero no hay mal fin en tus pasos, capitán Kennedy, pero Harrison y Craven buscan oro. No tienen la mirada tranquila del hombre natural.

—Es posible que estés en lo cierto. ¿Quién es este que has llamado Dzong Gorza Khan?

—Es el consejero del marajá. Cuanto se hace en Jongka no puede llevarse a cabo a menos que lo consienta Gorza Khan.

CAPÍTULO VII

-Gorza Khan, Excelso —dijo el hombre arrodillado, cuya frente tocaba el brillante suelo de mármol rosa.

En la siguiente puerta, otro hombre igualmente de rodillas y con la frente contra el suelo, dijo:

—Gorza Khan, Excelso.

Gorza Khan era alto, envarado, y vestía con absoluta sencillez una larga túnica y sandalias. Destacaba más esta sencillez por cuánto todos los chambelanes y altos dignatarios de la corte de Jongka, que tenían derecho al acceso a la sala principal del trono, llevaban uniformes y vestidos rutilantes de escarlata y oro.

Gorza Khan, el consejero, se detuvo como era de protocolo a unos veinte metros de distancia del trono en que se sentaba el marajá de Jongka, cuyo nombre completo era con su título Maharajadhiraja, Bir Bikram Jang Bahadur Shah, el Excelso.

Apenas Gorza Khan saludó a su modo privilegiado, consistente en solamente inclinar su alta estatura, el marajá dio dos palmadas.

El significado era explícito, y todos los dignatarios de la corte abandonaron la gran sala del trono, prosternándose primero.

El Excelso quería hablar a solas con su consejero.

Y apenas quedó solo con él, ya que los guardianes armados de lanza que a trechos de dos metros estaban contra las paredes y columnas, más eran considerados estatuas que seres humanos, el Excelso sonrió abiertamente, complacido.

Era un hombretón ancho y de faz sensual, con ojos ardorosos y tez congestionada. Había crueldad en su nariz corva y decisión en su boca.

—Te he esperado impacientemente, Gorza Khan.

—Debéis perdonarme, Bir Bikram. Quise en persona proceder a

la captura de los intrusos, porque no podía exponerme a que vuestros soldados les dieran muerte.

El marajá había hecho algunas estancias en la India, y le gustaba hablar inglés con su consejero Gorza Khan.

—Desde que tu cerebro conduce mis decisiones, Gorza Khan, la sensación de reinar es más completa en mi ánimo. ¿Has interrogado a los intrusos extranjeros?

—Me guardo, Bir Bikram, de proceder en estos insólitos casos sin tu anuencia.

El marajá resopló riendo:

—Quieres demostrarme la profundidad de tu arte en desenmascarar las mentiras.

Dio una palmada que resonó en la vasta, sala de alto techo abovedado. Avanzó arrodillado un chambelán.

—¡Sean conducidos aquí los prisioneros extranjeros!

Para llegar al trono habían cinco peldaños. Sólo pisaba el cuarto peldaño la esposa más antigua del rajá.

Gorza Khan era el único ser en Jongka que se colocaba al lado del trono, y aunque fuera en pie, era aquél un privilegio más, que exasperaba a una multitud de dignatarios envidiosos.

Pero aunque éstos lo deseasen, hasta entonces no habían hallado un solo motivo con pruebas a presentar al marajá para derribar al consejero: Gorza Khan era sobrio, había hecho decapitar a los que le ofrecieron sobornos, era insensible a la influencia femenina, y era tan severo para sí mismo como lo eran sus leyes aprobadas por el marajá.

Oyéronse unos pasos, y dos individuos empujados, atados por los codos, por dos corpulentos tártaros, que eran los verdugos oficiales de la corte, penetraron en la vasta sala.

Cayeron arrodillados al empuje del recio, manotazo de sus escoltas. A la señal del marajá fueron puestos en pie. Sus rasgos faciales podían confundirse con los tibetanos.

Gorza Khan habló lentamente informando:

—Seguían el cursó del Brahmaputra, y destruyeron la lancha en que venían al llegar a la frontera norte de Jongka, señor —habló en parhu, el dialecto universal en las provincias indias.

Uno de los dos prisioneros, al reinar un largo silencio, en el que los ardientes ojos del marajá les observaban cruelmente, musitó con

profundo respeto:

—Somos dos peregrinos tibetanos, ¡oh, Excelso!

Bir Bikram limitóse, a ondear la mano en señal a Gorza Khan, que con su característica entonación lenta, dijo:

—La mentira, azulea en vuestros labios temblorosos. No sois peregrinos tibetanos, por cuanto al atravesar los pases de las montañas no cumplisteis el ritual, que os exigía tirar piedras y gritar para amedrentar los malignos espíritus.

Intervino el marajá:

—Gorza Khan es el portador de mis ojos, y los lleva por doquier. No hay paso de mis fronteras donde mis ojos no estén. Los mismos lobos y las hienas que comen la hierba de mi reino saben que los vigilo. Ahora, ¡decid, perros!, ¿a qué vinisteis a mi reino?

—Lo atravesamos para dirigirnos a Benarés. ¡Oh, Excelso!

Gorza Khan adelantó el busto y su índice se tendió recto y acusador hacía el prisionero que acababa de hablar:

—Pertenecéis al Viethnim. No es preciso que lo neguéis. Sois espías al servicio del Viethnim.

Uno, de los prisioneros no pudo reprimir un gesto de asombro. El marajá decretó como si ya le aburriera el contemplarlos:

—Las corazas de plata. ¡Lleváoslos!

A rastras, los dos tártaros arrastraron a los dos espías. Les iban a ejecutar en una de las plazas destinadas a torturas públicas. Las corazas de plata eran piezas de este metal que, calentadas al rojo vivo, iban colocándose en los miembros de los condenados.

Al quedar de nuevo a solas con Gorza Khan, el marajá comentó:

—Todo espía sufrirá esta muerte, Gorza Khan. Tú lo dijiste: sólo reinará en Jongka la paz, mientras ninguna planta extranjera pise este suelo. Puedes ir a tus ocupaciones.

Gorza Khan realizaba continuas excursiones por el valle que, encajonado entre estrechos pasos y desfiladeros, limitando con el Nepal y el Tibet constituía el reino de Jongka.

Había organizado un servicio de centinelas en todo el cerco de montañas fronterizas. En cada cumbre, uno de estos centinelas, provisto de un largo cuerno formado con huesos humanos, transmitía hacia el valle un largo sonido de aviso cuando alguien cruzaba la frontera.

Cada centinela emitía una nota distinta que permitía así

localizar el lugar desde donde era dada la señal.

Gorza Khan recorría las aldeas administrando justicia, y era considerado por todos como un enviado del Techo del Cielo.

Para estos paseos vestía las ropas de su título: larga túnica azul ceñida al talle por franja roja. Una obscura trenza de cabellos, se enrollaba en la parte superior de su cabeza y de la oreja izquierda, le colgaba el zarcillo con turquesas y perlas engarzadas en oro, símbolo de su autoridad de consejero.

Por entre pinos y abetos desfilaban los yaks, especie de búfalo, cuya carne, leche y laña, proporciona lo necesario a los de Jongka y Tibet.

El clima, siempre suave era una delicia, y los picachos nevados formando anillo alrededor del valle, daban al conjunto de Jongka la apariencia que justificaba su renombre de Eterna Primavera.

Un cuerno de señales resonó, en nota agudísima. Gorza Khan, montado en brioso caballo, al frente de su séquito de soldados del marajá, alzó la mano, tendiéndola después al estilo de los oficiales de caballería, hacia el lugar donde acababa de resonar la señal.

Era el paso de Himalchuli.

CAPÍTULO VIII

-Pese al poderío de Gorza Khan, tengo que penetrar en Jongka —dijo Roy Kennedy—. Podemos ya separarnos,
Sun-Leng
. Tienes que cumplir tu promesa, y devolver a Nana Kosi a su terruño.

—Hasta hoy, al reino de Jongka sólo habrán llegado un centenar de blancos, en su mayoría ingleses. Sólo tres lograron escapar con vida. Si yo supiera lo que realmente deseas de Jongka… Pero no puede ser nada, malo. Te acompañaré.

—No.

—Soy tibetano y conocido. Mi presencia puede serte útil. Eres americano, capitán Kennedy, y no despreciarás el aprovecharte de mi humilde persona —sonrió
Sun-Leng
.

—Si estuvieras solo, aceptaría; pero está Nana Kosi.

—Es tibetana y pura. Nos podemos internar a nuestra santa tierra, a través de Jongka sin peligro para nosotros. Nos salvaste la vida, capitán Kennedy. Deja que hable Nana Kosi.

La tibetana, con suave entonación, manifestó:

—Nos es preciso atravesar Jongka, y hacerlo en tu compañía, capitán Kennedy, será placentero.

—Puesto así —rió Kennedy—, sería necio negarme. Vamos allá.

* * *

Rachka alzó la cabeza, a la vez que hacía señal de detenerse a

los tres que le seguían. Clara Trevor no había oído nada, así como tampoco Harrison y Craven.

Se hallaban casi al final del largo paso abierto entre altísimas cumbres, y era casi un placer andar por el sombreado paraje, a cubierto del fuerte sol.

Rachka escuchaba… algo que los otros tres no oían. Dijo por fin:

—Hemos de volver atrás, *Sahib* Trevor.

—¿Por qué?

—Oí la señal del ojo de Buda que nos mira.

—¡Bah! Necedades, Rachka.

El «gurkha» inclinó por tres veces la cabeza, llevándose la mano a los labios. Y dijo:

—Yo no seguir adelante, *Sahib* Trevor.

—Pronto te agarra el miedo —dijo Brian Harrison, ceñudo.

Los negros ojos del «gurkha» miraron desdeñosos al que acababa de hablarle. Volvió a saludar a Clara Trevor y manifestó:

—Esperaré en el lugar señalado, *Sahib* Trevor.

Echó a andar en dirección contraria. Bajo su túnica, Lewis Craven asió la culata de su pistola-ametralladora.

—No —dijo quedamente Clara Trevor—. No quiero asesinatos, señor Craven. Podemos seguir el camino sin necesidad de Rachka. Al extremo del paso se abre ya el valle.

Siguieron andando, y al extremo del desfiladero un poste con una pancarta se erguía. Estaba escrito en raros caracteres que no pudieron descifrar ninguno de los tres:

«Crimen sin perdón en Jongka es la mentira».

A la contemplación del anchuroso valle idílico, Clara Trevor por unos instantes permaneció estática, conmovida en su sentido artístico.

Pero al recordar que era allí donde había hallado la muerte su querido Edgar, la hizo olvidar toda aquella belleza.

Señaló un poblado de redondas casas, todas las cuales estaban rodeadas de estanque, huerto y jardín, y que destellaban reflejos plateados al acariciar, el sol la red de canales diminutos que parecían rayas trazadas de casa en casa.

Vertían todos en el gran canal común que llevaba el agua a los

poblados de Jongka, surtiéndose de los manantiales de las cumbres del Norte.

—Allí trataremos de averiguar algo, señores. Usted, señor Craven, conoce el dialecto parhu lo suficiente, ¿verdad?

—No lo dude. Pero sugiero que no vayamos a este poblado.

—¿Y por qué?

Lewis. Craven tardó un instante en contestar.

—Hay otro más cercano a la capital, donde nos informaremos mejor. Se llama Lombo.

Siguieron caminando, dejando atrás el paso del Himalchuli.

* * *

Sin la orden expresa de Gorza Khan, ningún jinete hubiera osado moverse por eso todos permanecían a respetuosa, distancia tras el caballo del consejero.

Gorza Khan, inmóvil, asestaba su largo anteojo, maravilla óptica alemana, hacia el pequeño grupo de los tres caminantes y el mulo.

Quedaban ellos ocultos por el frondoso ramaje a la vista de los caminantes.

Gorza Khan veía perfectamente el óvalo puro del rostro de la falsamente atezada Clara Trevor, y sobre todo el extraño color de sus ojos.

Suspiró, mantuvo unos instantes la cabeza inclinada, como sumido en hondos pensamientos, y por fin llamó al primer jinete, que así era calificado el más veloz caballista.

Dijo concisamente:

—Libre entrada y sin trabas a estos peregrinos. Pero que sus pasos sean espiados.

* * *

Roy Kennedy, a todo galope del caballo, no ofrecía una postura muy académica, pero si se aferraba con vigor a riendas y estribos.

Influido por cuanto acababa de hablar con
Sun-Leng
, quería Kennedy hacerle saber a Clara Trevor que «la mentira era el

crimen sin perdón» en Jongka, y que por tanto, él, al parecer expuesto a la muerte, por sus ropas extrañas en aquella latitud, lo estaba menos que ella vestida impropiamente de peregrina.

Le impulsaba a ello la certidumbre de que era sublime el heroico y absurdo propósito vengador de Clara Trevor.

Alcanzó al grupo que se había detenido entre rosales silvestres y enredaderas espinosas, junto a la margen del canal general que distribuía las aguas por todo el valle.

Bajó Kennedy del caballo porque se encontraba más a gusto a pie para hablar. Las miradas de Harrison y Craven no tenían nada de amables y no se esforzaban ellos en disimularlo.

—¿Qué se le ofrece, señor Kennedy? —inquirió ella.

—Advertirle a usted que tiene más probabilidades de salir indemne si aparece tal como es. Por aquí no perdonan el engaño.

—Ni necesitamos que nadie nos perdone —atajó bruscamente Brian Harrison—. Craven y yo hemos avanzado por las selvas y sabemos salir de todas. Vaya usted a sus mariposas y déjenos en paz.

Fue Clara Trevor la que inesperadamente reprochó a Harrison:

—Debemos agradecer al señor Kennedy que se aparte de su ruta para aconsejarnos. Pero en este caso no comparto su teoría, porque estimo que tenemos más posibilidades vestidos así. Como, ha dicho muy bien el señor Craven al llegar al templo budista de Lombo, en aquel poblado, como peregrinos tibetanos, podemos tener derecho a hospitalidad, y como los Tromo, o sacerdotes del templo, son gente culta, puedo averiguar qué le sucedió a mi hermano. Que éste es el motivo de mi viaje hacia esta tierra. Y por ahora, vea usted mismo… No surgen obstáculos, y sin embargo hemos sido vistos. Gracias por su atención, señor Kennedy, y regrese a sus quehaceres.

Roy Kennedy sonrió a su pesar.

—Parece que se disponga usted a tornar el té de las cinco en Chelsea. Bien; yo ya cumplí con avisarle, y le diré más… No se fíe de sus dos guardaespaldas… ¡No, Oregón!… No se rasque el cinto, porque le estoy ganando por la mano. Lo dicho, *milady* —sonrió irónico, mirándola pero sin perder de vista a los dos combatientes —. Ya me he ofrecido, y si se ve en un apuro, trataré de ayudarla.

Ella asintió con la cabeza mudamente, y siguió caminando, mientras Harrison y Craven empujaban el mulo reacio.

—¡Ya nos veremos en Lombo! —gritó Kennedy a modo de despedida.

Esperó hasta que llegaron al lugar donde se hallaba Sun-Leng y Nana Kosi.

—¿Qué es un Tromo, Sun?

—El sumo invocador del poder de Buda. Han cursado estudios occidentales.

—Ellos van al templo de Lombo. ¿Extraño, no? ¿Qué fieras cazarán en la casa de Buda?

Sun-Leng, a ratos, tenía la mirada ultraterrena, diáfana, sin éxtasis, sólo con la penetración sobrehumana que a veces distingue las miradas de ciertos sacerdotes y militares.

Pero replicó primero con algo de vaguedad:

—En Jongka hoy nadie camina sin que Gorza Khan lo sepa. Y Gorza Khan es implacable con los extranjeros que penetran en Jongka valiéndose de disfraz.

—Hablábamos del templo de Lombo, Sun.

—Vicio detestable es hacer cábalas, capitán Kennedy, pero no es más que un axioma, el anunciarte que en el templo de Lombo hay una hornacina con un ídolo cuya cabeza vale mal tasada unos diez millones de dólares.

—¡Sopla! —masculló Roy Kennedy—. ¡Que me asen si estos dos truhanes no van a por esta cabeza! Escucha, Sun. Como no puedo consentir que estos dos tunantes lleven engañada a Clara Trevor, seguramente me voy a meter en el templo de Lombo y habrá jaleo. No quiero que os comprometáis más de lo que os habéis comprometido ya. Creedme que os recordaré con gran afecto, y ahora, sin rechistar, seguid vuestro camino hacia el terruño. Adiós, Nana Kosi, y a ser buena, chica, porque si te vuelvo a encontrar predicando por ahí, te daré una azotaina. Buena suerte en tu futuro predicar, Sun-Leng.

—Que tus buenas intenciones, te amparen y protejan, capitán.

—Te recordaré con afecto, capitán Kennedy —dijo ella tristemente.

—¿Puedo preguntarte qué vas a hacer? —inquirió
Sun-Leng
.

—Lo que tú harías, Sun. Evitar que aquellos dos sigan llevando engañada a la diosa rubia, como dice Nana Kosi.

Estrechó la diestra de
Sun-Leng
y acarició la mejilla de Nana Kosi, antes de volver a montar.

La hierba resbaladiza le obligó al llegar a cierto trecho, a poner al paso su montura, qué era dócil.

Iba pensando en los posibles métodos para vencer dos serios obstáculos que su mente norteamericana le oponía: primero, no podía acusar sin pruebas de ladrones a los dos compatriotas aunque tuviera la seguridad de que se disponían a saquear el templo de Lombo.

Y segundo, veía aún más difícil apartar a Clara Trevor de su propósito fijo.

Lo más seguro era que al reaparecer de nuevo ante Harrison y Craven habría violencias. Los había visto luchar, con aquella facilidad y dureza, conseguida por larga práctica.

Comprendía además perfectamente el carácter, de los dos aventureros. Habían estado años enteros en continua compañía con la muerte que en rededor imperaba. Por lo tanto, los escrúpulos humanos estaban en ellos completamente embotados.

Y si, como supuso, disponíase a saquear el templo, no retrocederían ante nada. Y por una extraña razón, Roy Kennedy no se erigió en juez de aquellos dos modernos piratas.

Achacaba la culpa al desorden de la postguerra. Indudablemente, aquellos dos aventureros habrían sido tal vez héroes y desplazados de la vida normal al regresar de los frentes de batalla, habían elegido una senda peligrosa.

Pero lo que no iba a consentir era que pusieran en peligro la vida de Clara Trevor. Sonrió agriamente, porque recordó que se estaba apartando de su misión.

Un reflejo instintivo le hizo alzar las dos manos hacia lo alto, porque desde atrás, acababan por encima de la grupa del caballo, de aplicar en sus riñones el cañón de un rifle.

Y saltando desde un matorral, Graven se asía de las riendas,

mientras atrás, Brian Harrison empujando con el cañón gruñía:

—Estás ya muy pesado, Kennedy. Me parece que nuestra seguridad exige que te liquidemos.

CAPÍTULO IX

-¡Condenado entrometido! —mascullló Lewis Graven—. ¡Baja!

—No seáis estúpidos, veteranos —dijo Kennedy, para ganar tiempo mientras sacaba los pies de los estribos—. A mí se me importa una higa de vuestros pasos. ¿Dónde está la princesa?

—¡Baja! ¿O quieres que te deslome con plomo? —apremió Harrison.

Roy Kennedy había estado pensando rápidamente en sus posibilidades de escapar del contacto en sus espaldas del rifle. Abrió las piernas como si se dispusiera a descender.

Y de pronto las levantó, basculando hacia atrás. Fue a caer, como era su propósito, tras las espaldas de Harrison, en pie, y sujetándole el cuello con un antebrazo, mientras, su puño izquierdo se hundía brutalmente en el flanco del pelirrojo.

Lewis Craven soltó las riendas, corriendo de lado para tratar de coger por el costado a Kennedy, contra el que no podía disparar por temor a herir a Harrison.

El caballo, asustado, emprendió veloz carrera.

Brian Harrison se dobló hacia delante, campaneando al agente secreto, que pasó despedido por encima de su cabeza.

La mochila sujeta a los hombros de Kennedy amortiguó la caída. Harrison, en zambullida experta, se arrojó sobre el agente, mientras Craven alzaba la pierna disponiéndose a propinar, un puntapié contra el rostro de Kennedy.

El joven ducho en combates implacables contra «gangsters» poco sensibles, rodó sobre un lado, y Brian Harrison se estrelló contra el suelo, mientras el pie de Craven, destinado a la mandíbula del agente, fue a hincarse en el costado del propio Harrison.

Con una imprecación furiosa, Lewis Craven dobló el brazo para

detener el directo que le asestaba Kennedy, mientras su otro brazo armado con rifle avanzaba él cañón.

Ladeóse Kennedy, alzando la rodilla en intento de golpear el estómago de Craven. Inclinóse Craven, y Kennedy pegó con el puño en plena barbilla.

Sintió con placer crujir sus nudillos y los huesos de Craven… Pero la euforia del buen golpe le duró escasamente pocos instantes.

Mientras Craven medio *groggy* abría las manos y trataba de recuperar el sentido, Brian Harrison, reptando, había asido los dos tobillos de Kennedy empujándolos en seca sacudida.

Perdió Kennedy el equilibrio, y ya en pie ágilmente, Harrison empezó a golpearle a diestro y siniestro puñetazos en aluvión continuo. Defendióse apuradamente el agente, pero un puñetazo más recio le alcanzó en plena sien y cayó desplomado.

Recuperó pronto el sentido, y se vio apoyado sobre los codos en el suelo, con el cañón del rifle de Brian Harrison, enfocándole, mientras tambaleándose y con las dos manos, en la cabeza se acercaba Lewis Craven.

—Es un jabato —dijo suavemente Brian Harrison—. Por un instante nos puso a los dos fuera de combate, viejo.

—¡Rómpele el cráneo! —rugió Lewis Craven.

Roy Kennedy observaba el índice de Harrison rodeando el gatillo. Empezaba a tensar los músculos, cuando una voz cortés a espaldas de los dos aventureros, casi rogó:

—No quiero disparar. Deje caer su rifle, Harrison, y usted, Craven, entrelaze las manos a la nuca.

Era
Sun-Leng
que había recogido el rifle caído de manos, de Craven, y que apuntaba con él a los dos aventureros.

Saltó en pie Roy Kennedy aferrando el cañón del rifle de Harrison y apartándolo de su trayectoria.

—¡Salve, Sun! —rió Kennedy—. Muy a tiempo, porque estaba yo tentando a estos dos rufianes.

Dio una sacudida y se quedó con el rifle. Lewis Graven había obedecido también la indicación de
Sun-Leng
.

—Cuidado con intentar nada, compadres. Estáis copados —advirtió Roy Kennedy—. Si fuera chacal como vosotros, os despachaba…; pero no he estado en la guerra y no sé rematar. ¿Dónde está la princesa?

Brian Harrison miraba a hurtadillas las posibilidades de volver a dominar la situación. Pero
Sun-Leng
estaba a prudente distancia, y Roy Kennedy demasiado cerca, separado sólo por la largura del cañón del rifle.

Forzó una sonrisa, imitado por Graven:

—Bueno, esto no iba en serio, muchacho.

—Menos cinismo, Oregón. ¿Dónde está Clara Trevor?

—Tenía prisa por averiguar, y se dirigió al templo.

—¿Por qué no fuisteis con ella?

—Quisimos parlamentar contigo, para convencerte de que es mejor que no nos sigas los pasos.

—Y yo os aconsejo que desandéis el camino, y os vayáis a cazar por otra tierra, porque ahora queda clara la situación. Donde os encuentre dispararé primero, y hablaremos después. ¡Venga, andando! Hacia allá, Oregón.

Los des aventureros, empujando delante de ellos al mulo que desataron, obedecieron.

Roy Kennedy, apoyada el rifle en el antebrazo, les examinaba, mientras con la otra mano se restañaba la sangre de las cejas.

—Estamos en paz, Sun. Acudiste muy oportuno, pero ahora volveremos a separarnos. Me pesaría meterte en algún lío. Pasa algo raro, Sun. ¿Por qué nadie se acerca? Parece como si Clara Trevor, esos dos y yo, tuviéramos la lepra. Nos deben forzosamente haber visto y, no obstante, nadie se acerca, ni hostil ni amigo. Hasta ahora sólo ellos y yo hemos peleado, pero los cacareados salvajes puros de Jongka no se asoman.

—Tu inteligencia habrá adivinado que esto es más peligroso que un ataque de frente, capitán Kennedy. Si mi pobre seso pudiera tener el atrevimiento de aconsejarte, lo haría diciéndote que, como sea, logres sacar de aquí a la diosa rubia.

—A esto voy y sin contemplaciones. Me distrae de mis propias obligaciones la idea de esta terca muchacha yendo sola a investigar imposibles. Bien, Sun. Está visto que no podemos acabar de

despedirnos. Me voy al templo.

—No podrás traspasar el umbral.

—Esperaré a que ella salga, y a la fuerza si es preciso, la devolveré a las autoridades inglesas, al otro lado de la frontera. ¿Y Nana Kosi?

Sonrió Sun-Leng, replicando:

—Cumple su deber. Está meditando en el templo de Lombo.

—Si vas allá podemos, pues, hacer el camino juntos. Luego vosotros, al Norte, y yo conduciré a la princesa al Sur.

El templo de Lombo dominaba el poblado, asentándose sus bases encima de un escarpado rocoso, hacia el que se llegaba por un único sendero estrecho y empinado.

En realidad, el recinto del monasterio de Lombo estaba constituido por las mismas rocas que habían sido techadas, formando un conjunto circular en cuyo centro se elevaba la torre de la plegaria.

Osadamente, penetró Clara Trevor en el interior, después de ascender el serpenteante sendero. Las bóvedas parecían aplastar silenciosamente a la intrusa.

Vacilantes llamas de grasa de yak, prestaban reflejos sinuosos a las numerosas imágenes de Buda, abstraído en algunas en la contemplación de su ombligo.

Algo indefinible, una sensación jamás experimentada, le advirtió íntimamente a Clara Trevor que se hallaba frente a un sentimiento desconocido en Occidente: la tranquila paz de renuncia a toda codicia.

No había bancos ni reclinatorios, sino esterillas, y al fondo veía siluetas de monjes prosternadas, inmóviles.

Sobresaltóse, cuando junto a ella, se detuvo una alta figura revestida de túnica azul. La faz del recién llegado era enjuta, como esculpida en madera obscura.

Llevaba rodeándole las sienes y velando sus ojos, una tela negra transparente que si bien no dejaba adivinar sus ojos, le permitía ver.

Y Clara Trevor estuvo a punto de reír nerviosamente, cuando inclinándose: el monje habló veladamente, pero en perfecto inglés:

—Sígame. Yo soy el Tromo del templo.

Como alelada, ella anduvo tras los pasos del hombre de sienes y ojos cubiertos por la tela negra, hasta que penetraron en una especie de celda de deslumbradoras paredes blancas encaladas.

No había otro mobiliario, sino una larga mesa cubierta de libros y papeles, unos estantes con más libros y papeles y una silla alta, sin respaldo.

Se filtraba la luz diurna por dos estrechas ventanas a media altura. Y el Tromo señaló la única silla con su flaca mano nervuda.

Clara Trevor no sentía miedo, sino asombro, Y como si existiera telepatía, el Tromo pareció adivinar su pensamiento.

—No me atribuya mágico don de vidente. El escepticismo occidental es una muestra de impotencia, y, por lo tanto, no le hablaré de Buda, sino que acudiré a argumento lógico. Desde que pasó el Himalchuli, paso a paso, ha sido usted espiada. Y Gorza Khan, no desea que ningún mal le suceda.

—Es maravilloso su dominio del idioma, señor. ¿Por qué cubre sus ojos?

—No debemos mirar rectamente pupilas extranjeras.

—¿Quién es Gorza Khan?

—El consejero del Marajá, y máximo poder de autoridad. Usted ha venido hasta aquí para preguntar. Hágalo.

—¿Cómo sabe, que deseo hacer preguntas?

—Las hace de continuo. No se sorprenda. Pertenezco a la casta impura, puesto que tuve el relativo privilegio de estudiar cinco años en Europa. Los de la casta pura, son muy distintos. Son ingenuamente crueles, y si sigue usted con vida, se debe a que Gorza Khan ha dardo orden en este sentido. Es posible, según me acaba de hacer comunicar Gorza Khan, que desee usted indagar acerca de un británico que se llamaba Edgar Trevor.

El colmo del estupor redondeó la boca de Clara Trevor. El Tremo prosiguió imperturbable:

—Gorza Khan, a través de mis palabras, le hace saber que el llamado Edgar Trevor no existe, y que no le dio muerte ningún habitante de Jongka. Él mismo se dio muerte.

—¡Imposible! ¡Mi hermano… era incapaz de suicidarse!

El gesto del Tromo fue evasivo, como significando que él se limitaba a repetir lo que le habían dicho. Continuó:

—Yace en paz, y dice Gorza Khan que es deseo póstumo de

Edgar Trevor que su hermana Clara abandone esta tierra y regrese a la suya, para que cumpla su destino.

Aturdida, Clara Trevor se limitaba a sacudir la cabeza en signo de negativa.

Resonó un golpe de gongo, repetido en distinta modulación. El Tromo inclinó su alta talla.

—Medite mientras acudo a oír la voz de Gorza Khan.

Quedóse sola Clara Trevor, completamente absorta en sus confusos pensamientos. ¿Cómo podía Gorza Khan, el misterioso consejero del Marajá, saber que ella era Clara Trevor?

No supo el tiempo transcurrido desde la ausencia del Tromo que al regresar manifestó:

—Asciende hacia el templo un joven que no disimula su persona bajo harapos de peregrino. Puede usted verlo desde aquella ventana.

Clara Trevor miró. Vio a Roy Kennedy seguido por Sun-Leng y Nana Kosi. El crepúsculo empezaba a teñir de violeta el firmamento.

—No puede entrar en el templo, pero si usted lo desea puede hacerle llegar hasta aquí.

—Sí. Lo deseo —dijo ella, maquinalmente.

Tenía que poner orden en sus alborotados pensamientos. El Tromo salió, para poco después detenerse en la puerta de entrada al templo. Hizo señal a Sun-Leng y Nana Kosi para que entraran.

Alzó la mano, después que ellos hubieron pasado.

—La señorita inglesa desea verle —dijo.

Roy Kennedy pestañeó, pero él no se aturullaba en pensar demasiado, y siguió por el exterior de la roca al hombre de los ojos cubiertos por tela negra.

Y al entrar en la celda, el Tromo dijo, con cortés saludo:

—Es mí hora de preces. Volveré.

Tardó Roy Kennedy unos instantes en hablar. Por fin, murmuró:

—Vamos a lo suyo, Clara. Un continuo misterio alienta en esta tierra silenciosa y amable hasta ahora.

—¡Saben que yo soy Clara Trevor!

Él miró en rededor y acercóse más a ella, inclinándose para hablar lentamente y en voz muy baja:

—Es una locura que siga usted aquí, Clara. Debe irse.

—¡Lo mismo ordena Gorza Khan! No, no es este monje… Me dicen que Edgar murió… Que se dio muerte él mismo, y es imposible. Que me ordenó regresar a mi tierra, si algún día venía aquí.

—Esto es hablar sensatamente. Usted se va a marchar. La conduciré hasta el paso de Himalchuli.

—¿Harrison y Craven?

—Tuvimos unas palabras. Bien, Clara, hágame caso, que no le ha de pesar.

—No me iré hasta no averiguar lo que quiero.

—Entonces, tengo que regalarle lo que hubiera preferido guardar para mí. Al igual que Edgar Trevor era agente del «Intelligence Office» con una misión, en Jongka, yo lo soy del «F. B. I.», y llevo la misma misión. No me haga faltar a mi deber. Espere al otro lado de las montañas, y le prometo que yo sabré averiguar cuanto se relacione con Edgar Trevor.

Clara Trevor se levantó, para preguntar:

—¿Soy un estorbo para su misión?

—Sí.

—Entonces, obedezco. Le esperaré al otro lado del paso, el tiempo que usted me diga.

—Así me gusta. Bien; ahora esperaremos al monje que…

Netos y restallantes resonaron dos hondos impactos como los producidos por un martillo golpeando sobre roca… y un disparo.

Roy Kennedy palideció, y más que hablando, pensando en voz alta, dijo:

—Calibre 48, de la pistola «Webley» de Brian Harrison.

CAPÍTULO X

Brian Harrison y Lewis Craven tenían suficiente experiencia combativa para saber que la serenidad de
Sun-Leng
y el ímpetu contenido de Roy Kennedy eran dos peligros inminentes.

Por esto, a paso ligero, partieron en dirección opuesta al templo de Lombo, meta de su viaje.

Cuando tuvieron la certeza de que no eran vistos, ataron el mulo, entre el follaje abundoso se consultaron con la mirada.

Eran ya seis años de continuo desafiar riesgos, y se comprendieron inmediatamente.

Bajo la túnica, se encajaron diagonalmente al cinto ancho el fusil ametrallador, abriendo también la funda pistolera.

—Pronto será de noche, viejo. Es bobería preguntarte si, como yo, llevas en el seso el plano del templo.

—A toda escala.

—Vamos por aquel barranco. No nos verá el muchacho.

Echaran a andar por entre los maizales, dejando tras ellos el mulo atado a un árbol.

—Entrando por la puerta, como peregrinos, iremos rectamente al asunto. En la hornacina a mano derecha.

—Ya se verá, porque la corona destella mucho.

Iban repitiendo, lo que tantas veces habían hablado, planeándolo con todo detalle.

—Yo me encargo de darle culatazos al pecho. Decía el artículo que el busto del ídolo estaba compuesto de madera santa. Santa o no, creo que al tercer o cuarto culatazo el busto soltará la cabeza.

—Mientras yo, fusil en mano, perforo al que se mueva en forma

que pueda molestar.

—Vigila, sobre todo, el gongo de las llamadas —aconsejó Craven —. Y no dispares si no es completamente obligatorio.

—Cuando tengas la cabeza, la metes en tu saco, y echas a correr hacia el pasillo de las celdas del risco norte. Yo te seguiré.

—Después…, si por medio dólar diario aguantamos toda la campaña, ¿quién nos echa la mano encima corriendo con la cabeza en nuestro poder?

—A cinco millones por barba, viejo. A este precio, no dejo monje ni habitante con resuello si pretenden cortarnos el paso.

—En el templo ha entrado el muchacho.

—Lo siento por él, pero no podemos andarnos con contemplaciones. Es un fardo de millones, viejo.

—Está también la *lady*.

—Peor para ella, por meterse en asuntos ajenos a las labores propias de su sexo.

—Hiciste bien en mezclar ceniza y brea en tus caballos. Tienes todo el aspecto de un tibetano fervoroso.

Ambos hablaban así para calmar los nervios. Conocían esta sensación; la misma que les acometía cuando, arrimados a un muro, o pegados a un tronco, esperaban la señal del oficial, ordenando pasar al ataque. Un vacío en el estómago, la garganta apretada, seca la boca y temblores en los párpados.

La gran puerta de entrada al templo abría su penumbroso marco.

Penetraron los dos con paso rápido, dirigiéndose rectamente al ángulo en el que un ídolo refulgía por la cabeza. El cuerpo, tallado en madera era opaco y obscuro, pero la cabeza, con corona de esmeraldas, perlas, rubíes y granates, destellaba.

Los ojos, inmensas esmeraldas, tenían fulgor inquietante, pero ya Lewis Craven, que había abierto su túnica, alzaba la culata del fusil ametrallador, y propinaba el primer golpe bajo el cuello del ídolo, de Lombo.

Brian Harrison, apoyado el fusil ametrallador en la cadera derecha, describía un círculo ante él, vuelto de espaldas a Craven.

Los monjes seguían postrados, Era la hora de sus preces, y hubiera sido atraer sobre Lomba la maldición idólatra si se hubiesen movido.

Pero
Sun-Leng
se puso en pie, al propinar Lewis Craven el segundo culatazo.

Corrió hacia el gongo monumental instalado a la derecha del templo.

—¡Quieto, chino! —gritó Harrison—. ¡Quieto, o te quemo!

Nana Kosi corrió también, alocada.

Nervioso, Brian Harrison seguía describiendo un semicírculo con su arma. La inmovilidad absoluta de los monjes le enardecía, más que el ataque que estaba esperando.

Forcejeando, Nana Kosi retenía a
Sun-Leng
a cinco pasos del gongo.

—¡Cayó! —exclamó, con vehemencia, Lewis Craven.

El ídolo aparecía decapitado, y Graven, recogiendo la enjoyada cabeza, gritó:

—¡Ya está!

Brian Harrison colocó en bandolera ante el pecho su fusil, mientras la zurda sacaba la pistola.

Lewis Craven corría ya por el lugar opuesto a la celda del Tremo,
Sun-Leng
, desprendiéndose de Nana Kosi, alcanzaba ya el mazo que servía para golpear el gongo.

Brian Harrison, corriendo hacia, atrás, disparó contra el tibetano, que, alcanzado en plena frente, dio un traspiés, arañó el aire y cayó de bruces.

Cuando Brian Harrison acababa de desaparecer por el pasillo lateral de las celdas de monjes, surgía al otro extremo del templo Roy Kennedy, pistola en mano.

Disparó, pero la bala rebotó en el suelo, donde estaban segundos, antes los pies de Brian Harrison.

Nana Kosi, arrodillada, abrazábase convulsa al moribundo
Sun-Leng
. Atravesó Roy Kennedy a lo ancho el templo, pero cuando surgió a la terraza, sólo la obscuridad de la noche se ofreció a sus ojos.

Abajo era un risco casi cortado a pico, un hondo abismo de negrura. Pensando en Clara Trevor regresó al templo, y cuando

desembocaba en él vio junto a Nana Kosi, arrodillada, a la hermana de Edgar Trevor.

Los monjes seguían en su profunda meditación, ausentes, como si la rápida escena de rapiña y muerte no hubiese ocurrido.

—¡Pronto, Clara! Tenemos que huir. Harrison y Craven han robado la cabeza del ídolo.

Como una autómata, ella dejóse coger de la mano, y casi arrastrada siguió la carrera de Roy Kennedy hacia la puerta.

El sendero era blanquecino en la obscuridad. A lo lejos se veían puntos luminosos.

—¡Antorchas! —rezongó Kennedy—. ¡Los van a coger! Bien empleado.

El círculo de antorchas portadas por jinetes conducidos por Gorza Khan iba cerrándose alrededor de Brian Harrison y Lewis Craven.

Estallaron disparos. Algunas antorchas cesaron de iluminar el aire para chisporrotear a ras de suelo.

Pero el círculo lanzado al galope se cerró, y, sin poderse mover cogidos entre los pechos de los caballos, Brian Harrison y Lewis Craven fueron atados prontamente.

Roy Kennedy aceleraba el paso, y Clara Trevor corría a su lado con todo el miedo repentino que la había acometido de pronto.

El horizonte estaba libre de antorchas, y quedaba ya atrás la silueta del templo erguido en la cúspide rocosa.

—Pronto estaremos a salvo, Clara —dijo Kennedy, animosamente.

Pero, lejos, unos puntitos blancos le desmentían. Iban aumentando, y pronto, al girar la vista en rededor, vio Kennedy formado el cerco de jinetes.

El rumor de cascos pisando al paso iba aumentando como los redobles acompasados y crecientes de un gran tambor.

Estremecida, Clara Trevor fue la mujer primitiva en toda su sencillez. Se abrazó a Roy Kennedy, el cual trató de apartarla.

—Hay que elegir, Clara. Yo, por mi parte, tengo que disparar. Usted puede avanzar y entregarse. Tal vez siendo mujer la respeten, porque estos pretendidos salvajes a veces son más humanos que nosotros. Pero yo…

—¡No puedo! No quiero. No dispare, y podremos explicar que

nosotros nada tenemos que ver con el robo. Además, el Tromo me dijo que Gorza Khan respetaba mi vida. Si usted dispara, todo habrá terminado.

El cerco de jinetes distaba apenas cincuenta metros. Roy Kennedy comprendió que no sólo era inútil disparar, sino que comprometía, la posible salvación de Clara Trevor.

Se desabrochó el cinto, dejándolo caer al suelo. Tiró también la pistola, y, enlazado a la inglesa, aguardó.

Los jinetes se detuvieron a una veintena de metros. Parecían caballeros medievales y la desparramada luz rojiza de las antorchas les hacía siniestros.

Los rostros mongólicos tenían cruel ceño. Se destacó uno de ellos lanza en alto.

Parecía que iba a ensartar a un enemigo, y Roy Kennedy avanzó para cubrir con su cuerpo a la trémula inglesa, dispuesta a no dejarse matar sin lucha.

Pero a dos pasos el jinete encabritó su caballo, y, siempre en alto la lanza, señaló ahora un punto.

Él cerco se había abierto por el punto señalado. Roy Kennedy, sosteniendo a Clara Trevor, avanzó en dirección a la brecha.

Los jinetes, abiertos en dos filas, marchaban al paso, formando cerradas vallas laterales flanqueando la pareja.

La caminata fue breve, porque al llegar al pie del sendero que conducía al templo, el mismo jinete que había señalado con su lanza volvió ahora a indicar hacia el templo.

En hileras de dos, una treintena de jinetes avanzaban ya por el sendero, y tras Kennedy y Clara Trevor otros tantos cerraban la marcha.

El olor que despedían las linternas alimentada con grasa de yak sucedió al aroma de la noche fresca.

En el templo, los monjes seguían, postrados, inmóviles. El jinete de la lanza indicadora descabalgó, imitado por otros, y formando cuadro fueron conduciendo a los dos prisioneros hasta la misma celda que apenas media hora antes habían abandonado.

La puerta se cerró y quedaron solos.

* * *

Brian Harrison y Lewis Craven, algo magullados, yacían atados en el suelo de otra celda.

También estaban solos. Brian Harrison se había incorporado, logrando sentarse.

Miró sus ligaduras, y Lewis Craven fue el que dijo:

—Son de tripa. No podemos segarlas.

—Mala suerte, viejo. Pero…

—Sí. No me han quitado la maldita cabeza.

Desgarrada la túnica, en el cinto de Craven colgaba el saco conteniendo la cabeza que valía diez millones.

—¿Cómo se llamaba aquel tipo que tenía hambre y estaba, a centímetros de una bandeja con pollos asados?

—Tántalo. Mal asunto, Brian. Esta vez vamos mal.

—De peores salimos. ¿Te acuerdas cuando los «japs» nos metieron en la zanja, para fusilarnos con otros veinte «G…»?

—Teníamos las manos libres. Pero ahora…

—¿Te arrugas? Aun estamos vivos.

—¡Condenación! A punto de escapar, y nos cazaron.

Estaban ya los dos sentados, y, adosándose a la pared desnuda, buscaban en vano algo cortante en la vacía celda.

Oyóse un chirrido, y penetró Gorza Khan, cerrando tras sí la puerta. Observó fríamente a los dos aventureros.

—Dile que no lo haremos más —quiso bromear Brian Harrison.

—¡Cerdos!… —dijo, casi escupiendo la palabra, en perfecto inglés, Gorza Khan—. Habéis causado siete muertos. Cinco de mis soldados y
Sun-Leng
caídos por vuestros balazos. Nana Kosi, cumpliendo su promesa, se ha abierto las venas sobre el cadáver de su apóstol.

Los dos aventureros, dominado ya el primer estupor, se miraron entre sí. Harrison, habló:

—Tú que hablas inglés mejor que nosotros, trata de comprendernos. Vinimos sin más propósito qué curiosear para un buen reportaje. Somos americanos… Vimos la estatua, y nos entró la codicia. Hemos sido combatientes, y tenemos el gatillo suelto. Pero no queríamos matar, créelo, tú, quien seas.

—Soy Gorza Khan, y estáis juzgados.

Gorza Khan colocó sobre el suelo un corvo sable, que

desenfundó. Enderezándose, su voz se hizo casi insinuante:

—Confesad que la inglesa y el muchacho eran vuestros cómplices, y así les evitaréis ser torturados.

Harrison y Craven volvieron a mirarse. Por fin, a regañadientes, Brian Harrison dijo:

—Si hemos de ir a la charca, no salimos ganando nada con decir lo que no es verdad. El muchacho no tiene nada que ver con nosotros.

—Vino con vosotros.

—Dice que es naturalista, pero no sabía nada del ídolo. ¿Para qué es este sable? ¿Eres tú el verdugo?

—La inglesa…

—¡Bah! Una loca. Quiere averiguar quién despachó a su hermano, un tal Edgar Trevor. Escucha, juez. Darlos una probabilidad. Tal vez te serían muy útiles dos tipos como nosotros, que, fusil en mano, damos, de cada cien, noventa y nueve en la diana. Podríamos ser instructores de tus soldados. ¿Qué vais a ganar con nuestra liquidación?

Gorza Khan sonrió, pero sin la menor alegría.

—Sois buenos camaradas, ¿no?

—Seis años codo a codo, ¡figúrate! —dijo, esperanzado, Harrison.

—Esto es lo que deseaba saber. Vinisteis en busca de una cabeza, y es justo que uno de vosotros dos se la lleve.

Inclinóse para arrancar del cinto de Craven el saco conteniendo la cabeza del ídolo de Lambo.

La colocó bajo su brazo, y tiró el saco a los pies de Craven. A la vez, un cuchillo afilado quedó en el suelo.

—Ahí tenéis con que quitaros los bramantes. Puesto que sois combatientes, sabréis que con este sable y este cuchillo no podréis salir del templo. No obstante, uno de vosotros puede salir vivo. Bastará que el otro, su compañero de armas y felonías, se sacrifique.

Brian Harrison y Lewis Craven escuchaban, tensos los músculos, mirando de soslayo el tentador cuchillo.

—En esta tierra de salvajes… —prosiguió Gorza Khan—, se cumple la palabra dada, porque odiamos la mentira. El que de vosotros dos salga de aquí, llegará sin ser importunado hasta el *Himalchuli Pass*. La libertad.

—No… entiendo… —bisbiseó, sudando, Brian Harrison.

—Vinisteis en busca de una cabeza. ¡Os la doy! Podéis pactar o luchar. El que meta en el saco la cabeza del otro, tendrá libertad. Pero habrá de llevar hasta el *Himalchuli Pass* la cabeza del otro.

Gorza Khan retrocedió, abandonando la celda, Lewis Craven resopló, como si vaciara de golpe sus amplios pulmones:

—¡Está loco este energúmeno!

—A lo práctico, viejo. Alcanza con los dientes el cuchillo.

Lewis Craven se tendió de costado, y, reptando con la cara pegada al suelo, cogió entre los dientes el cuchillo.

De pronto lo escupió, y miró receloso a Brian Harrison. Éste rió forzadamente.

—¡Imbécil! ¿Qué mala idea te está trajinando por la sesera? ¿Crees que, si me cortas las ligaduras, te…? ¡Anda, para que veas!… Córtate tú las amarras.

Lewis Craven volvió a resoplar.

—No vayas a darle crédito a este verdugo. Te desataré primero, para que no dudes.

Recogió el cuchillo y la hoja entre los dientes, colocó su cabeza sobre las muñecas atadas a la espalda de Brian Harrison. El pelirrojo movió los brazos en vaivén.

Forzaba los músculos, y, tras cinco minutos de segar, el cuchillo rompió una fibra. Brian Harrison, con esfuerzo muscular, hizo el resto, y sus brazos quedaron libres.

Procedió a liberarse los tobillos. Después, de pie dijo, secamente:

—¡Trae!

Tendió la mano, y en su palma dejó caer Craven de los labios el cuchillo. Sus ojillos, brillaban como los de una fiera que olfatea el peligro.

Pero con gesto desdeñoso Brian Harrison fue cortando.

En pie y libre, Lewis Craven, rió.

—Estos chinos tienen ideas raras, ¿verdad, viejo? ¡Cómo si tú y yo, amigos de los de verdad, íbamos a…!

—Déjate de charla sin peso, Craven. ¿Podemos salir de aquí dentro con estos dos cortafríos?

—No.

—Entonces, ¿qué piensas?

—No sé… Puede que Gorza Khan diga la verdad. A éstos, chinos

no hay quien los comprenda.

—Yo soy más fuerte que tú, Graven.

—¿Qué… quieres… decir?

—¡Que no quiero volverme loco aquí dentro encerrado contigo y estas dos navajas! ¡Elige!

—Pero ¿qué voy a elegir? Moriremos juntos, viejo.

—Los gusanos que a ti te coman, no me alimentarán, si estoy criando malvas por las raíces a tu lado. ¡Decídete!

Lewis Craven miró al suelo, donde junto al sable corvo acababa Brian Harrison de tirar el cuchillo.

—¿Nos vamos a matar tú y yo, Brian?

—Nada de sentimentalismos. El Gorza Khan habló claro. Vida libre para el que… coja el saco y lo llene.

—¡Esto es horrible, Harrison! No hablarás en serio…

—La cosa está para cuchufletas y carcajeos, imbécil. Está claro, Tu piel y la mía juntas, de nada sirven. Más vale que uno de los dos salga en pie y pruebe su suerte.

—Esto es increíble en dos compañeros fieles como…

Y, antes de terminar, Lewis Craven se inclinó, agarrando el sable. Se irguió amenazador, y pálido.

—¡Tú lo has querido, Brian Harrison! —exclamó, avanzando lentamente, y asestando tajos delante suyo.

Brian Harrison se pasó la lengua por los labios, mientras iba retrocediendo.

Tanteaba tras él la pared y fue andando de lado.

—De todos modos te hubiera dejado el sable, Craven. Soy más fuerte que tú.

—No me hacen mella tus bravuconadas, Harrison. Eres un maldito fanfarrón —dijo, roncamente, Craven, continuando su avance como un segador.

—¡Y ellos son los salvajes…, los de fuera!… Anda ya, viejo… Ataca con más coraje.

Exasperado, con lágrimas de furor y rabia cuajando en sus ojos, Lewis Craven se abalanzó.

El sable hendió el aire a la altura del pecho de Harrison, que, doblándose, se lanzó hacia el suelo a recoger el puñal.

Lo asió por la punta, y a la vez saltaba como si pisara muelles, hacia un lado.

El sable chocó contra el suelo, y Lewis Craven quedó apoyado en la empuñadura, dando un ronquido.

Entre sus omóplatos, el puñal lanzado por Brian Harrison acababa de vibrar, hundiéndose hasta el mango.

Brian Harrison empujó a su compañero, que cayó de costado. Le costó un gran esfuerzo quitar de las manos crispadas del muerto la empuñadura.

Alzó el sable y lo abatió con todas sus fuerzas.

Minutos después, temblando, tambaleándose, se acercó a la puerta, que golpeó frenéticamente.

La puerta, se abrió, y a tres pasos una barrera de puntas de lanza se le presentó. Y tras los diez soldados, Gorza Khan sentenció:

—Mataste a tu compañero, dando fe de que la raza blanca procede de Caín. Puedes irte, pero no tires este saco sangriento hasta llegar al paso de Himalchuli. Si lo hicieras, anularías mi palabra de vida salva. ¡Vete y podrás vender caro tu reportaje explicando cómo conseguiste la cabeza!



El sable hendió el aire a la altura del pecho de Harrison, que doblándose...

Brian Harrison lanzó una imprecación, corriendo hacia el templo, que atravesó como si las palabras de Gorza Khan le espoleasen. Bajo su sobaco rezumaba sangre el saco.

Tres días después, una patrulla inglesa encontraba en un rincón del Nepal a un corpulento pelirrojo demacrado, que reía sin cesar contemplando una cabeza humana, que de vez en cuando besaba…

Brian Harrison deliraba, y murió un día después, envenenada la sangre por la picadura de una tarántula qué en sus tres días de toco errar le había mordido, mientras él, insensible, seguía hablándole a la cabeza de Lewis Craven, evocando escenas de lucha en que ambos habían salido vencedores.

CAPÍTULO XI

Roy Kennedy no tuvo tiempo de hablar porque, apenas habían cerrado la puerta y Clara Trevor desplomado en la única silla, volvió aquélla a abrirse.

Entró el Tromo.

—Gorza Khan me envía. Desea hablar separadamente con ustedes.

—¡No me separaré de ti! —sollozó ella, levantándose y asiéndose desesperadamente a Roy Kennedy.

—La vida de una mujer que ha venido inspirada en intención vengativa, pero perdonable, no corre peligro en Jongka. Hágaselo comprender así. Gorza Khan quiere hablar separadamente con ambos.

Roy Kennedy alzó la barbilla de la inglesa.

—No temas nada, princesa. El letrero de entrada dice que la mentira es el único crimen que no tiene perdón. No mientas, que yo tampoco pienso hacerlo. Vete. Sin rechistar. La suerte será igual para los dos, créeme. Es lo mejor. Vete.

Ella, desmadejada, aceptó el brazo que el monje tendía. A solas en la celda, Roy Kennedy se paseó arriba y abajo.

No supo el tiempo que había pasado, cuando Gorza Khan entró. Roy Kennedy estaba sentado sobre la mesa, tratando de apaciguar su mente hojeando los papeles dispersos.

Gorza Khan cruzó los brazos ante el pecho.

—Parece que te asombra mí presencia.

—Me asombra tu hablar.

—La mentira no tiene perdón en Jongka. El asombró tuyo fue anterior a que yo hablas. Mirabas mis ojos.

—Son extraños para un natural de por estas tierras. Son

verdiazules.

—En efecto. Pero no habrás venido a Jongka para distinguir colores de iris.

Roy Kennedy sacudió la cabeza como para disipar una idea absurda.

—Me llamo Roy Kennedy y pretendí ser naturalista hasta llegar al paso de Himalchuli. Leí el cartel, mejor dicho, me lo tradujo el pobre Sun-Leng, y yo hago caso de todas las señales del tráfico.

Sonrió tenuemente Gorza Khan.

—Eres también americano.

—A mucha honra, si es que lo dices con retintín por Harrison y Craven. ¿Es que por acá no tenéis ladrones?

—Yo he reducido en mucho su número. Continúa hablando con veracidad.

—Pertenezco al «F. B. I.». Te insultaría si te explicase el significado de estas tres iniciales, ¿no es así, Gorza Khan?

—Es el servicio de agentes federales americanos, con un departamento «C. I. A.» dedicado a misiones en el extranjero.

—Esto es, Gorza Khan. Yo soy agente de la «C. I. A.». Tenía por misión tratar de aportar los beneficios de la civilización a Jongka, intentando congraciarme con algún habitante influyente.

—Yo lo soy. Sigue. ¿Por qué acompañabas a Clara Trevor?

—Pregúntaselo a ella.

—No pienso hablar con ella. Clara Trevor será escoltada hasta Benarés, dejándola a cargo del cónsul británico.

Roy Kennedy saltó de la mesa, y duramente preguntó:

—¿Tanto te has espiritualizado, que ni a tu propia hermana quieres volver a ver, Edgar Trevor?

Gorza Khan entornó los párpados, y permaneció callado un instante. Después, dijo pausadamente:

—Es una larga historia, Roy Kennedy. Me puedo preciar de ser

el mejor agente inglés en la India. Llegué a Jongka con la misma ambición que tú. Mi dominio de las costumbres, y el dialecto parhu me permitieron durante dos meses estudiar la vida de esta tierra. Y decidí romper con todo lo que es llamado progreso. Pedí audiencia, al Marajá, y le confesé quién era. Le expliqué mis ideas de mejoras, convencido de que la salvación de Jongka está en continuar aislada. Me convertí en su consejero, y… Edgar Trevor ha muerto. ¡Sólo existe Gorza Khan! ¡Yo!

—Traicionas tu raza, Trevor.

—¡No! —Y la curtida tez del británico enrojeció—. Esperaba esta acusación. Sirvo mejor como Gorza Khan, impidiendo ningún dominio extranjero.

—¿Mañana…, si invade el Tibet cierta potencia?

—Entonces, y sólo entonces, serviré a los que representen mis ideales, mi credo: paz entre la gente de buena voluntad. La paz que aquí reina… y que sólo es turbada por agentes extranjeros como tú.

—Terminado este discurso, ¿puedo saber qué pasa conmigo?

—Estás sentenciado.

—¿A qué?

—Coraza de plata. Es ley que no puedo quebrantar, porque van al verdugo, por mi orden, los gobernadores de poblados, que son corruptibles y falsean la ley.

Roy Kennedy dio un paso más, acortando la distancia que le separaba de Edgar Trevor.

—A nadie he perjudicado, Trevor. No puedo creer que te hayas convertido en un fanático oriental.

—Sigo, cuando conviene, muy civilizado —y en la diestra de Gorza Khan apareció una pistola—. No des un paso más.

—Prefiero creer que se te ha subido a la cabeza el título de Khan, y te supones dueño y señor de todas las vidas.

—Yo no odio ni tengo encono a nadie. Me limito a velar por la tranquilidad de este valle, único rincón que con el Tibet no está aún contaminado por vuestra necia palabrería…

—Te olvidas que eres *Sir* Edgar Trevor, *baronet* británico, Cruz de Servicios Distinguidos, As del servicio de espionaje inglés.

—Si sigues quieto, podemos terminar de hablar. La sensatez ha abandonado la raza blanca. Desde aquí, leyendo vuestros periódicos, me parece leer las riñas de comadres alborotadas.

Grotesco… Un mundo de tontos regido por necios.

—Tu misantropía es exagerada. La buena voluntad de unos pocos vencerá, y tú estás obligado a defender tu raza, y no ser un… ¡cobarde!

Edgar Trevor pestañeó… Después, rió suavemente.

—Nadie me llamó cobarde.

—Hora era que lo oyeras. Si todos hiciéramos como tú, e, imitando al avestruz, escondiéramos la cabeza en la arena, como tú te ocultas en Jongka, dejando pudrirse a los demás, ¡entonces sí que imperaría en el mundo la injusticia!

—Llegado el momento, sabré demostrar que si estoy en Jongka y soy Gorza Khan, es porque anhelo el bienestar humano.

—También yo lo defiendo, luchando contra la vileza.

—En Jongka no necesitamos la ayuda de agentes del
«F. B. I.
».

—Ahora me doy cuenta. Pero ¿he de pagar con mi vida tus enseñanzas?

—Es ley. No la puedo quebrantar. Debo ir a informar al Marajá…

—Y Clara Trevor algún día regresará a vengarte…, si puede llegar, sin que por el camino la maten. Ha venido porque es humana. No será tan inteligente como tú, pero ¡aquí está, por ti! No quiere creer que te has suicidado. No puede comprender el simbolismo con el que Gorza Khan le ha hecho decir que Edgar Trevor se suicidó.

—Llevas en los hombros una recia mochila. Sí, así venía yo también. Y dentro llevaba una emisora portable con señal convenida. La destrocé. Te han quitado todas las armas, Roy Kennedy, pero no daré la orden de que te despojen de todas tus ropas y de la mochila… hasta mañana cuando regrese de informar al Marajá.

Roy Kennedy tragó saliva, porque sobre la mesa acababa Edgar Trevor de deslizar, bajo unos papeles, la pistola.

—Estoy pensando que Clara Trevor es muy capaz de no querer irse sin antes despedirse de ti. Puedo permitirlo, y las costumbres tibetanas, que aquí imperan porque somos como hermanos menores del Tibet, admiten que los que se aprecian tengan larga despedida.

Esta celda tiene comunicación con la torre alta. Se divisa un bello amanecer. La cúpula de noche brilla y es visible desde muy lejos… Cuando Edgar Trevor penetró en Jongka, tenía una orden. En caso de peligro inminente, debía escalar una altura y defenderse, comunicando su posición a un aeródromo.

—El servicio inglés entregó a mi jefe todos los informes concernientes a Edgar Trevor. Y mi jefe considera a los ingleses los maestros en Asia.

—*Lady* Trevor no volverá si alguien en quien ella tenga plena confianza le asegura que Edgar Trevor, falleció accidentalmente. Es muy terca *Lady* Trevor, pero no pretenderá vengarse de los elementos. Algún día…, cuando reine la paz mundial, tal vez Gorza Khan no sea ya necesario en Jongka. Y el agente Kennedy puede informar que en Jongka, mientras aliente Gorza Khan, no son necesarios agentes.

—Tienes mi palabra, Gorza Khan, de que cumpliré como deseas.

—No regreses nunca. No estrecho tu mano, porque la lealtad aquí se mide con otro gesto. Siseamos para indicar que las palabras muchas veces sirven de disfraz al pensamiento.

Edgar Trevor tuvo un destello humorístico en los ojos, hizo el gesto de cortesía tibetana: un sonido de succión.

Había salido, cuando Roy Kennedy continuaba aún como un hombre paralizado por una serie de relámpagos cegadores.

Recuperándose, tanteó su mochila. El contacto de la emisora blindada le confortó.

También tenía señal convenida con un aeródromo de Nueva Delhi. Bastaría dar la situación exacta del templo de Lombo…, y el afán de escapar no le haría fallar la escalera que pediría colgase del fuselaje del más rápido avión disponible hacia aquella torre donde no había antiaéreos.

Pero Roy Kennedy no sabía que en Jongka seguía siendo poder absoluto el Marajá Bir Bikram, y que muchos eran los que anhelaban la ocasión de poder desprestigiar a Gorza Khan.

CAPÍTULO XII

La voz qué estaba informando al Marajá lo hacía insidiosamente, y también con cautela. Otros que habían intentado desprestigiar a Gorza Khan habían sufrido una muerte cruenta.

Bir Bikram iba sintiéndose inundado de furor, a medida que el edecán, jefe de cincuenta jinetes, explicaba:

—Al aviso de los centinelas anunciando la intrusión, en mi humilde ignorancia, ¡oh, excelso!, di por seguro que, de acuerdo con vuestra ley, caeríamos sobre los extranjeros. Pero Gorza Khan dio orden de dejarles paso libre y así llegaron los cuatro hasta el interior del templo de Lombo, de donde he acudido a todo galope para haceros saber los extraños sucesos.

Narró la sentencia dictada contra Harrison y Craven, y el ceño tormentoso del Marajá se aclaró. Rió ferozmente asintiendo:

—Muestra magnífica del espíritu legislador de Gorza Khan. ¿Y cuál fue la sentencia de los otros dos que osaron profanar el templo de Lombo?

—Uno de ellos ha quedado libre de manos y ha ordenado Gorza Khan que pueda subir a lo alto de la torre, ¡oh, Excelso!

—Es posible que con ello Gorza Khan le someta al castigo de ver llegar el amanecer triste contemplando la belleza de mi reino.

—La otra prisionera, porque es una mujer, tiene dispuesta una escolta que por orden de Gorza Khan la acompañará hasta Nueva Delhi, dejándola al cuidado del representante británico, ¡oh, Excelso! Y ahora, ella y el otro prisionero están arrullándose, en lo alto de la torre, de la torre del templo de Lombo.

—Más doloroso será el castigo si, después de la miel, les llega la hiel de la tortura. ¿Qué pretendes insinuar, gusarapo? ¿Pretendes acaso decirme que Gorza Khan quebranta la ley que castiga con

coraza de plata a los extranjeros mentirosos? ¡Vete de mi presencia!

Pero, a solas, el Marajá empezó a sentir que la duda se enroscaba a su pensamiento. Y decidió que, si era cierto lo que acababa de decirle el edecán, no habría, tortura suficiente para castigar al hombre en el cual hasta entonces confiaba como en nadie pudo confiar.

Sonrió amablemente cuando ante él fue introducido Gorza Khan.

—Es ya la hora cercana a mi sueño, Gorza Khan. Esperé porque supe que administrabas justicia.

Relató Edgar Trevor el castigo impuesto a los dos ladrones de joyas, culpables de siete muertes, añadiendo:

—Siete días de ayuno me he de imponer, señor, porque no debí ordenar que tuvieran paso libre. Quería saber lo que se proponían.

—De hombres es fallar, si luego saben enmendar el error. Sigue relatándome el castigo impuesto a los otros dos prisioneros.

—Uno de ellos es Roy Kennedy, agente americano, que pretendía ganarse la amistad de alguien poderoso, para conceder a Jongka los privilegios de una ayuda civilizada.

—Tu penetración aireó sus propósitos.

—Fue él quien lo confesó espontáneamente. Huirá al amanecer, señor.

—Creo no haberte entendido, Gorza Khan. La ley dicta coraza de plata contra todo espía extranjero.

—No mintió. Y en el espíritu de vuestros súbditos se renovará más ardientemente la fe en vuestro poder cuando un gran pájaro metálico recoja en lo alto de la torre al enviado del Poder Blanco, para que haga saber a británicos y americanos que en Jongka será ejecutado todo agente que de nuevo atraviese su frontera. Además, señor, Roy Kennedy, por sincero, por leal y por muy hombre, no debía morir.

—La verdad siempre alienta en tus labios cuando me hablas, Gorza Khan. ¿No pudiste darle escolta, y él aludiría a mi clemencia?

—Vuestra clemencia sería interpretada como debilidad, señor. Mañana vuestros súbditos sabrán con antelación que vos habéis llamado al pájaro de metal para recoger al emisario del Poder Blanco, pero para los occidentales, sólo para pocos de ellos que no lo pregonarán, Jongka es inviolable y la paz seguirá reinando.

—¿No había otro prisionero?

—Una mujer.
—¿Qué decidiste con ella?
—Que sea escoltada hasta Nueva Delhi.
—Otra excepción de favor. ¿Es bella?
—Mucho.
—¿Es de noble sangre?
—Sí, señor.
—Tú eres insensible al encanto femenino, y ésta era hasta hoy tu fuerza. ¿Es que a primera vista te enamoras como un vulgar sensual de los que abundan en el mundo?
—A esta mujer la quiero hace ya veintisiete años, señor. Es Clara Trevor, mi hermana, y vino a Jongka pretendiendo vengar mi muerte. Se marchará sabedora de que he muerto accidentalmente.
—¿Se lo has dicho tú?
—No la vi, señor. Es mi único amor humano, y no la vi, señor. Espero ahora vuestra decisión, porque, si mal os parecen mis sentencias, justo es que reciba el castigo.
Bir Bikram golpeó con el puño el brazo de su trono.
—¡Haré empalar al edecán, que vertió la sospecha, en mi oído!
—Perdonad, Bir Bikram, pero si él hubiere, actuado como yo lo he hecho, también habría yo sospechado, y hubiera sido mi deber comunicároslo. No merece, pues, muerte, quien su deber cumple.
—Pero… ¡lo hizo porque te envidia!
—Ésta es mi recompensa, señor. Me envidian porque merezco vuestra entera confianza, y ya no hay lugar en Jongka para vicios ni mentiras.
Bir Bikram se levantó.
—Acompáñame, Gorza. Khan. Hoy me has dado nueva prueba de que sabes sofocar la voz de tu sangre, entregándote de lleno a tu fervor por mi reino. Y… ¿la soledad futura no será mala consejera para *Milady* Trevor?
Una tenue sonrisa iluminó las severas facciones de Edgar Trevor.
—Creo, señor, que en estos mismos momentos *Milady* Trevor ha oído la llamada sencilla de la Naturaleza y en Jongka perderá su barniz de civilización que incapacita para amar totalmente.

* * *

—¡Sin ti, no me iré, Roy!

El americano se sintió cohibido ante el convulso abrazo con el que en su celda acababa de saludarle Clara Trevor. Era tan delicioso el contraste entre la altiva inglesa y la mujer que ahora, sumisa, imploraba amor, que Roy Kennedy perdió por un momento su propensión al humorismo.

No supo hacer otra cosa que besar las mejillas de la que, presa de continuas emociones, había perdido «el barniz», que la hacía considerar impropio de intelectuales entregarse a la pasión, consintiendo a lo sumo el veleidoso *flirt* sin mañana.

Y halagaba a Roy Kennedy la admiración que rebosaban los hechiceros ojos verdiazules.

—Es por mí por quien has caído prisionero, Roy.

—Gorza Khan me ha hablado, Clara. Me permite despedirme del mundo contemplando el valle desde lo alto de la torre. Y… sin rechistar, ven conmigo, y te diré algo que te agradará.

Fueron ascendiendo por una larguísima escalera de caracol que desembocó en una terraza de unos veinte metros cuadrados, cúspide de la torre central.

Las paredes exteriores estaban revestidas de láminas de oro que fulgían iluminadas por linternas. Un halo dorado envolvía la terraza.

Roy Kennedy deshizo su mochila, colocándola en el suelo. Extrajo de ella la pistola que le había entregado Edgar Trevor.

Clara Trevor sentóse en el suelo, junto a él, esperanzada.

—Esta caja es la radio más moderna para expediciones. Se conecta constantemente con dos receptoras a la escucha continua. Y conectaré con una. Un aeródromo, dando esta posición, y antes del amanecer un avión me recogerá.

—¡No podrá aterrizar!

—No hará falta. Bastará que deje colgar una escala. Ya sabes aquello del náufrago que se agarra a un clavo ardiendo. Me asiré a la escala sin fallarla.

Clara Trevor sollozó, reclinando su cabeza sobre el hombro de Roy Kennedy.

—¿Qué pasa ahora, princesa?

—Para lograr que yo me vaya, me estás mintiendo. No hay avión, ni hay salvación para ti. ¡Yo me quedaré contigo!

—La mentira es el único crimen que no tiene perdón en Jongka, princesa. Y ahora vamos a otro tema; si hemos de seguir siendo…, bueno, si hemos de vernos con buenos ojos…, los pantalones los llevo yo, ¿está claro?

Sonrió ella entre lágrimas.

—Tú los llevas, Roy.

—Y, por lo tanto, té irás con la escolta.

—¿Por qué Gorza Khan no me ha hecho ejecutar?

—Admiró mucho a tu hermano Edgar. Me ha hablado de él. Edgar Trevor consiguió lo que pocos humanos logran: un ideal. Ascendió a una cumbre nevada donde el aire se purificaba porque no había miasmas humanos. Y… perdió pie. Pero cumplió su deseo: no quería subir para ver el paisaje, sino por la alegría íntima de ascender, de escalar… Edgar Trevor fue un héroe, Clara. Puedes estar orgullosa de él, tanto, que, por su recuerdo, Gorza Khan, el implacable, quebranta la ley.

—Estas manipulaciones, Roy, son para ponerte en contacto con el aeródromo, ¿verdad?

—Sí. Es sencillo. Las ondas pulsadas en según qué longitud hacen las veces de un Morse especial. ¿Ves? Con el girar de este disco, voy comunicando mi situación exacta, y advierto que en el fuselaje cuelguen recia escalera, dando varias «pasadas» por encima de este torreón al romper el alba.

—Tú nunca me mientes, ¿verdad, Roy?

—¿A qué viene la pregunta? —replicó, evasivamente, Kennedy.

—Entonces el avión vendrá al amanecer, y hasta entonces aquí podemos estar. Yo no puedo irme sin ti. Perdí ya a Edgar…, y no quiero perderte.

—Escucha, princesa. Yo no soy trapecista, y ya me veré negro para agarrarme a la escala.

—Peso poco, y me abrazaré a tu cuello, Roy. Pero hemos de marcharnos juntos de Jongka… o no.

La suave frescura de la noche, el halo dorado que invadía la terraza desierta, la proximidad de Clara Trevor amante y sumisa, vencieron la decisión, de Roy Kennedy.

Pasado cierto tiempo, murmuró:

—Es bueno sentirse lejos de todo, princesa: mañana será otro día y entonces nos daremos cuenta de que tú eres *Lady* Trevor, y yo un

simple agente federal con buen sueldo, pero que no da para coche.

—Andando te conocí. No quiero coche… Además, siempre deseé conocer América, y allí hay facilidades para adquirirlo. Ya desde niña, Roy, soñaba con un hombre fuerte, decidido, que amase el riesgo, y fuera capaz, como los trovadores de antaño, de sacrificar su vida por el amor de una mujer.

—Te aviso que mi laúd es una pistola.

—Pero eres deportista, y ésta es la máxima cualidad que en Inglaterra da verdadera nobleza a un hombre.

Las horas eran minutos para la pareja, que alternaba apasionadas caricias con confidencias pueriles, desnudando su alma.

Una línea sonrosada empezó a coronar las cimas nevadas. Roy Kennedy, murmuro:

—La aurora, princesa.

Se levantaron, y, de pronto, ella prorrumpió en un grito de espanto:

—¡Mira, Roy!

Todo el sendero y los riscos de alrededor del templo estaban negreando de una masa humana que miraba hacia el cielo.

Un bólido plateado surcaba el espació, y era un espectáculo no visto en Jongka.

El Excelso y Gorza Khan lo habían anunciado.

El ruido del motor se hizo cada vez más sonoro.

—No temas, princesa. Gorza Khan me dio palabra de que hasta la salida del sol estaríamos los dos solos. Y el sol no baña aún el valle de la Eterna Primavera. Ahora cierra los ojos, por si tienes vértigo. No mires hacia abajo.

Subieron al reborde, y ella se abrazó fuertemente al cuello de Roy Kennedy, que en alto las manos parecía invocar al dios del moderno progreso en la cúspide de aquel templo idólatra.

El avión petardeó en lento giro, y la escalera colgante rozó la terraza. Al tercer giro, las manos de Roy Kennedy se aferraron con toda fuerza al barrote metálico.

Por el aire se elevó el avión, llevando colgados a Roy Kennedy y Clara Trevor.

Frente a los que elevaban la vista al cielo, Gorza Khan musitó, entre labios:

—La felicidad reine siempre en tu corazón *Lady* Trevor.

* * *

El piloto, cuando ya el avión se había posado, sonrió.

—Buenos, músculos, agente Kennedy.

—Buen timón, piloto Cárter.

—Allí está el relevo. Les llevará a América. Recuerdos a Manhattan y al Parque. Bonito valle el de Jongka, pero… a mí que me den el Central Park.

EPÍLOGO

El jefe de la
«C. I. A.
» mordisqueó su cigarro cuando Roy Kennedy hubo terminado su relato detallado.

—Excelente, Roy. Un *récord* de brevedad. Comunicaré con el «Intelligence», y estarán de acuerdo en que más vale tener a Gorza Khan de consejero infalible del Marajá, que a Edgar Trevor enterrado. Oiga, y a título de curiosidad: ¿no exagera usted al decir que hacía allí tanto calor estando las nevadas cumbres a la vista?

—No exagero. Hacía tanto calor, que allí pasa al revés de aquí.

—¿Cómo?

—Aquí son los perros los que buscan los árboles, y allá son los árboles que, ansiosos, corren tras los perros.

—Está usted de magnífico humor, muchacho… ¿Será que *Lady* Trevor dulcifica su carácter? Porque antes era usted algo áspero…

—He estado en Jongka, jefe. Y… cuando sea posible, deberíamos organizar caravanas de excursión, para que comprendiéramos que cultivar nuestro huerto, pescar en nuestro estanque y vestir con la piel de nuestros animales, es la fórmula que todo lo arreglaría. Pero… usted fuma puros, y por las calles otros recogen las colillas.

—¡Diablos! ¿Es que Jongka le ha modificado él carácter, Roy? Tenga presente que el estímulo de poder fumar puros enteros, hace que en América los que recogen colillas tratan de mejorar.

—De acuerdo…, pero tal vez algún día vaya yo a vivir a Jongka.

—Ya. De momento, hagamos cuentas: ¿cuántos días necesita para la luna de miel?

—Mi vida entera.

—No sea tan romántico, ¡diablos!

—Es el aire de Jongka que aun orea mis pulmones. Pero se me va pasando. ¿Bastan quince días?

—*O. K.*! Mis respetos a *Lady* Trevor.

—Perdón. Se llama Clara Kennedy.

Instantes después, mientras Clara Kennedy se extasiaba contemplándole, Roy Kennedy abría el periódico en la terraza del hotel.

Y aumentó su ya considerable amor, porque calificó de «original y excéntrico» a su esposo, que, haciendo pajaritas con el periódico, declaró:

—Tanto papel para demostrar que somos unos necios que no sabemos ponernos de acuerdo. ¿Vamos al «Roxy», princesa? Echan *Las tragedias del Pato Donald*. Es la viva caricatura del occidental, este eterno descontento.

Y en el cine, mientras Roy Kennedy reía a mandíbula batiente, Clara Trevor, durmiendo sobre su hombro, era inmensamente feliz, porqué, a través de su completa entrega, era la mujer sencilla, la mujer que profetizó Edgar Trevor, Gorza Khan.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.